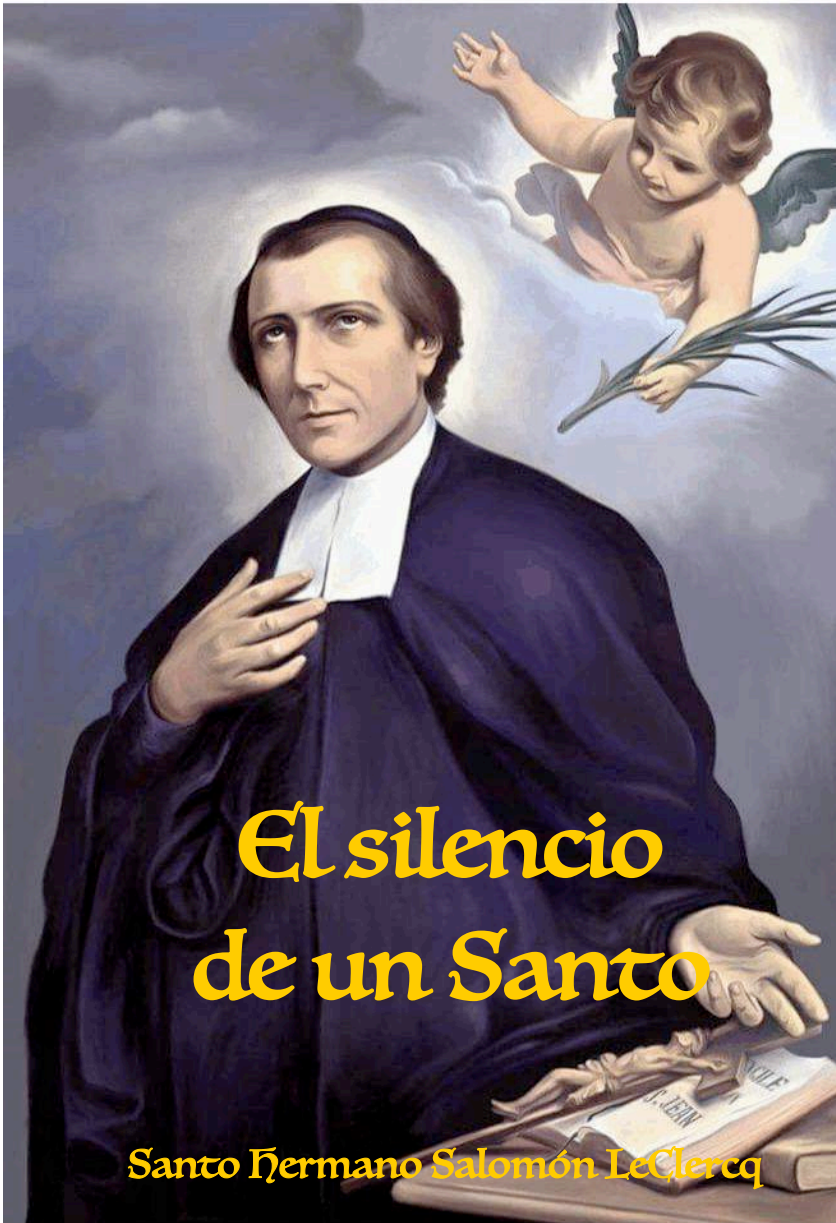


H. Carlos Cantalapiedra



El silencio de un Santo

Santo Hermano Salomón LeClercq

© Carlos Cantalapiedra, FSC
Diseño gráfico: Javier Abad,
FSC Edición privada
Distrito Arlep, Sector de Valladolid, octubre de 2016

EL SILENCIO DE UN SANTO

Acababa de leer un artículo de Pablo D'Ors, sobre su libro *“Biografía del silencio”*, en el que comentaba, que *«no hay espiritualidad sin silencio. Que experimentar el silencio es tanto como entrar en la dimensión espiritual que constituye al ser humano»*. Y ¡hete aquí!, que rondaba por mi cabeza la historia de un personaje desconocido, que durante 224 años había permanecido en silencio. Me vino como anillo al dedo la sugerencia del silencio para redactar de forma ficticia algo sobre el personaje silencioso.

Me encontraba trasteando por la habitación conventual repleta de imágenes religiosas, reliquias de más de un siglo en el Monasterio. De un lado para otro, revolví, miré, rebusqué por ver si encontraba a mi personaje. Nada. Pasado un tiempo de mi inspección, observé en un rincón un bulto envuelto en una manta y atado con unas sogas. Me acerqué y advertí algo raro, al escucha algo así como un susurro. Me llamó la atención. Contemplé y observé que era una estatua especial. Decidí destaparla y cuál fue mi asombro al reparar que era la imagen de un Hermano de La Salle, bastante deteriorada, con las manos despegadas de su sitio y una palma martirial desgajada.

Sí. Efectivamente, aquel balbuceo provenía de la estatua.. Quise preguntar si era lo que buscaba y no me dio tiempo. ¡Soy el Hermano Salomón! ¡Aquí me tenéis olvidado, roto, polvoriento...! Y mi silencio después de dos siglos quiere interrumpirse. Siempre estuve convencido de que era mejor callar. Que los designios de Dios no son los nuestros. De que el silencio era un camino para la unificación. Que el ser humano se realiza cuando es uno sin matar a los otros muchos que le constituyen, dándoles un juego armónico; por el contrario, sufre y se pierde cuando vive descompuesto y fragmentado. Me alegra hayas dado conmigo. Ya ves en la situación en la que me encuentro. Dentro de unos meses, el Santo Padre me va a declarar Santo; yo que de pequeño no quería serlo. Ya sabes que fui testigo de Cristo... No me puedo presentar así en público. Sácame de

aquí y que alguien me repare. Con un poco de maña y otro poco de pintura puedo quedar extraordinario.



Yo estaba asombrado por el silencio roto que había durado 224 años. El Hermano Salomón, sencillo él, quería aparecer limpio, digno y con el hábito lasaliano que tanto amó, presentable. Efectivamente, unas manos expertas lograron lo que él quería y su estatua quedó restaurada.

Fue entonces cuando ya me atreví a sugerirle la idea de conocerle mejor, por medio de una entrevista donde fuera capaz de responderme a una serie de preguntas curiosas sobre su vida, vocación y martirio.

Su imagen restaurada y colocada en un lugar apropiado, me dio la posibilidad de estar más cómodo y poder entrevistarle con mayor facilidad.

Preparé un esquema y una serie de preguntas y quedamos que en el momento más oportuno estaríamos dispuestos, yo a preguntar y él a contestar. Así lo hicimos.

CONTENIDO

1. Entorno familiar:

- Interesaría saber dónde naciste, cuál era el ambiente familiar en el que viviste y cómo te relacionabas con los familiares.
- ¿Por qué fuiste tú el único de entre tus hermanos que acudió a la escuela de los Hermanos de las Escuelas Cristianas?

2. Adolescencia y juventud:

- Una vez terminada la estancia en la escuela de los Hermanos de Boulogne, ¿qué hiciste y dónde viviste?
- ¿Cuál fue tu situación cuando llegaste a la capital del Reino?
- Creo que de manera fortuita te encontraste con un grupo de Hermanos en París. Cuéntame cómo fue ese encuentro...

3. Ideologías de aquella época:

- Sería interesante que nos aclararas cuáles eran las ideologías que dominaban por aquellos años...

4. La llamada:

- Para tu entorno familiar sería un poco llamativa la “espantada” que diste cuando lo de tu vuelta de París a Boulogne. ¿Cómo fue la reacción?
- Da la impresión de que todos los acontecimientos ocurrieron muy rápido. Podías contar tus impresiones al llegar al Noviciado de San Yon, en Ruán...
- ¿Solamente en San Yon estuvo el Noviciado o hubo alguna otra actividad?
- Está muy bien todo este repaso que me has hecho de la obra de San Yon, pero cuando tú llegaste, sigo insistiendo, ¿qué impresión recibiste y cómo transcurrió el tiempo que estuviste allí?

5. El Ministerio:

- Parece que después de un año en San Yon te enviaron a Rennes a dar clase. ¿Cómo recuerdas tu primer año de docencia?
- Dos años ejercitándote como profesor en Rennes y en Ruán, parece poco tiempo en cada escuela. ¿Cuál fue la causa para que te enviaran a Maréville? ¿En qué consistía el “complejo” Maréville?

6. Responsabilidades:

- Eras muy joven cuando te responsabilizaron de la formación de los

novicios. ¿Te sentiste a gusto en el nuevo puesto que te colocaron después de tu Profesión religiosa?

- Ha sido interesante lo que has contado sobre tu experiencia con los novicios. Estuviste cuatro años y te pidieron dejaras ese servicio, y que te quedaras en Maréville como administrador de la Casa y de la finca. ¿No fue un cambio muy brusco el que experimentaste? ¿Cuáles eran tus atribuciones?
- Da la impresión que los Superiores te consideraban muchísimo, sobre todo el H. Agatón. ¿Cuál era la razón?
- ¿Esperabas en 1787 la elección que te hicieron como Diputado para el Capítulo General, que convocó el H. Agatón? ¿Con qué personas conocidas te encontraste en el Capítulo?
- Como tu compenetración con el H. Agatón, Superior General, era tan evidente, sí que estaría bien nos dieras alguno de los rasgos que le caracterizaban.

7. Tiempos convulsos:

- ¿Podías resumirnos la situación política y social de esa época y sobre todo hablarnos de la Revolución en Francia?
- ¿Cuál era la situación de la Iglesia Católica durante la Revolución?

8. Años complicados para el Instituto:

- ¿Cómo se abordó la situación del juramento constitucional por parte de los Hermanos?
- Llegó un momento en el que las dificultades fueron tan grandes que el Instituto fue suprimido. ¿Qué repercusiones tuvo esto?

9. Martirio:

- ¿Te diste cuenta de la situación personal antes y durante la persecución religiosa y de cómo iba a terminar?

10. Glorificación:

- Siempre se dijo de ti que fuiste un Hermano sencillo ¿Qué piensas sobre la declaración, como Santo, que te va a proclamar el Papa Francisco?
- Después de tantos años pasados en el anonimato, ahora te van a declarar Santo. ¿Puede explicarnos qué ha ocurrido para que la Iglesia reconozca tu intercesión ante Dios para la curación de una niña?

11. Conclusión:

- Hermano Salomón, testigo de la verdad.

** Interesaría saber dónde naciste, cuál era el ambiente familiar en el que viviste y cómo te relacionabas con los familiares.*

ací en la ciudad francesa de Boulogne-sur-Mer. Tienes que **N**saber que en español, significa “sobre el mar”. Está en el norte de Francia junto al Canal de la Mancha en la desembocadura del río “La Liane”. Siempre fue considerada como uno de los principales puertos de la nación. Originalmente se la llamó Gerosiacum. Durante el siglo IV Boulogne era conocida en el Imperio romano como Bolonia, y fue el puerto más importante para conectar al imperio con Britania. El emperador Claudio usó este pueblo como base para la conquista romana de Britania. La ciudadela —o antigua ciudad— está construida en el lugar que ocuparon los campos romanos creados por Julio César. En la parte vieja se encuentra la atalaya, que data del siglo XI y que domina toda la ciudad. La iglesia gótica de San Nicolás conserva magníficas estatuas del siglo XV. En esta iglesia se casaron mis padres; alrededor de ella están unos amplios subterráneos que datan del siglo XII.

Vi las primeras luces el 14 de noviembre de 1745. Mis padres, creyentes de verdad, me acercaron a las aguas bautismales poniéndome el nombre de Guillermo Nicolás Luis. Eran mis padres cristianos escrupulosamente cumplidores de los mandatos de Dios y de la doctrina de la Iglesia Católica. Además, tenían un sentido de la familia tal como Cristo quiere que sean las familias que reciben el nombre de cristianas.

Mi padre se llamaba Francisco Le Clercq. Dirigía un comercio importante en la ciudad, además de unos saladores en La Rochelle. Mi madre, María Bárbara Dupont, era buenísima, como todas las madres. Mujer de juicio práctico, ayudaba a mi padre en el negocio a la vez que cuidaba de los once hijos que tuvo. Era una mujer devotísima de la Santísima Virgen y de San José. Esta devoción nos la inculcó a todos sus hijos. Recuerdo, que cada día acudía a la celebración eucarística y en casa se hacía diversos ejercicios piadosos, sobre todo por la noche, en el oratorio que teníamos, ante un crucifijo que lo presidía. Entonces comencé a leer la *“Imitación de Cristo”* que tanto me valió el resto de la vida. Estoy convencido que desde entonces sentí los impulsos de la gracia, la cual me inclinaba hacia las cosas piadosas, como erigir capillitas, leer vidas de santos y ayudar a misa.

Mi madre me impulsaba ya desde pequeño al deseo de servir a Dios. Cuando leía la vida de los santos con ella, a veces se me hacía aburrido por lo largas que eran y la insistencia en el heroísmo y la austeridad de muchos de ellos. Yo quedaba asustado y veía como una imposibilidad el llegar a ser santo. “Pues, mamá” –le dije en una ocasión–: “yo así, no quiero ser santo...”

Estos años de mi infancia los recordé a lo largo de mi vida como una auténtica bendición que me enriquecieron muchísimo. ¡Qué suerte haber tenido estos padres! ¡Qué suerte haber tenido una familia tan unida y que tanto aportaron a mi fe! Fue entonces cuando yo afiancé, por la educación recibida, el amor a la virtud y a la práctica de los deberes que la religión nos impone.

Mis padres tuvieron once hijos, de los que dos murieron muy pronto:

- **Juan Francisco María**, el primogénito, que ingresó en el Oratorio y murió en Troyes en 1764;
- **Antonio Lorenzo** recibió el derecho de primogenitura uniéndose a los negocios de mi padre. En más de una ocasión tuve que escribirle y darle algún consejo. La empresa le embebía y había que llamarle al orden sobre sus deberes de hijo y de cristiano. Al estallar la “Guerra de los siete años” en 1756, los ingleses bloquearon el puerto, paralizando el comercio. De los tres hermanos empleados en los principales comercios, uno, Juan Francisco, abandonó su puesto e ingresó en la Congregación del Oratorio; Antonio y Agustín, interrumpieron su formación profesional y tuvieron que dedicarse a otros negocios, porque ingresaron en la Marina y pelearon durante la Guerra. Al firmarse la paz con Inglaterra, Antonio y Agustín volvieron a ocupar sus puestos. Murió en París, en 1783;
- **María Bárbara**, casada con Gabriel Ricart, tuvo ocho hijos. En su hogar mantuvo la visión que aprendió de su madre sobre la vida. Era cristiana fervorosa y cumplidora de los deberes religiosos a pesar de su actividad en un comercio importante que tenía y de los cuidados a su prole numerosa. En mis cartas, le apremiaba para que conservara la paz en medio de las dificultades y de tanta actividad. Y como tenía que convivir con un marido muy emprendedor, siempre le aconsejaba atendiera a la ley del amor divino que debía regular toda actividad humana. También la orientaba en la educación de sus hijos, a quienes debía entregar su corazón, su trabajo y su vida. De esta manera lograría su salvación. Murió en 1794;
- **Luis María Agustín**, casado con María Teresa de Mairé, tuvo seis hijos. Vivió en La Rochelle y participó del negocio de salinas que mi padre tenía allí. Era una persona encantadora con quien podía comunicarme por medio de las cartas que le dirigía de manera extraordinaria. Su espíritu siempre estuvo abierto a las influencias de la gracia. Yo, me manifestaba en lo que le escribía, más espiritual y fervoroso. Emigró a América en 1790;

- **Guillermo Nicolás Luis**, que soy yo, y que ingresé en el Noviciado de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en 1767 y fui martirizado en París en el año 1792;
- **Francisco Víctor**, casado con Brigitte Bertault, tuvo nueve hijos. Pronto dejó la administración de las finanzas y ocupó el cargo de notario real. Por causa de su vida en constante ajeteo, de ciudad en ciudad, a merced de órdenes superiores, sentí cierta inquietud por los derroteros que había escogido. Le aconsejé y creo que mis cartas le ayudaron a mantenerse firme en su fe y en la práctica de la virtud. Antes de casarse llegó a tal extremo que incluso soñó con abrazar la vida religiosa en una cartuja. Murió en 1821;
- **Pedro Eustaquio**, que ingresó en la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en 1771 y recibió el nombre de Salvador. Murió en San Yon (Ruán) en 1775;
- **María Ana Rosalía**, que a la muerte de mi madre fue el ángel custodio de la casa paterna. En las cartas que siempre le dirigí –lo mismo que a mi hermano Aquiles– pretendí manifestarles sentimientos íntimos, cercanos y un tanto protectores sobre todo bajo el punto de vista religioso. Con ellos sentía cierta sintonía de pensamientos, sentimientos y anhelos.

Como Rosalía se había quedado con mi padre y era quien le atendía llenando de alegría la casa, supe calar en su bondad, generosidad, amabilidad, apertura, delicadeza y sencillez. Estaba privilegiada de una serie de dones y de una finura exquisita de sentimientos. Yo me alegraba cada vez que recibía una carta suya. Sus misivas eran largas, llenas de cordialidad e intimidad. Como estuvo un tanto apartada de las vanidades del mundo, pudo ocuparse de los asuntos de Dios. Siempre le aconsejé, ante su actitud firme, que orientara su vida hacia un apostolado más directo y que nunca buscara ni el aplauso ni el agradecimiento. Que tuviera en cuenta el consejo evangélico: *“Desgraciados los que buscan que digan lo bueno de uno; felices, por el contrario cuando os insulten os persigan y calumnien”*. Era una mujer extraordinaria. Vivía en el mundo y tenía que responder a las exigencias del mundo. El celo, la caridad, la paciencia, la dulzura, la perseverancia, deberían ser las virtudes que más tenía que practicar. Ella, aconsejada por mí, se entregó a la educación de los sobrinos. Atendió en especial a los hijos de Agustín, cuando murió su esposa. Falleció en 1831;

- **María Aquiles Baltasar**, después de terminar sus estudios en el Oratorio, marchó a Inglaterra para completar sus estudios comerciales. No tardó en volver a Boulogne, donde comenzó sus estudios de farmacia en casa de un amigo de la familia, M. Lhoste. Pronto, para terminar sus estudios, soñaba con París; en 1774 estaba ya en la farmacia de M. Buisson, en el Marché-Neuf, quien supo tratarle con solicitud e inteligencia. A la vez, Aquiles seguía los cursos de botánica en el Jardín Real y clases de farmacia impartidos en los

estudios de medicina. Le tocó vivir en un ambiente poco favorable y fue cuando nos escribió a Eustaquio y a mí –que estábamos en la misma comunidad del Noviciado– pidiéndonos consejo. Procuré contestar a sus misivas con otras llenas de buenos consejos que sé le llenaban de consuelo.

En una de sus cartas me comunicó sus deseos de ser sacerdote. Esto me llenó de alegría. Yo sospechaba que esa inquietud anidaba en su espíritu. En 1776, dejó la farmacia de M. Buisson y comenzó los estudios de latín, tomando el hábito eclesiástico e ingresando en el Seminario de Trente Tríos, lugar que sólo recibía treinta y tres alumnos, en recuerdo de los años de Jesucristo. Desde entonces le aconsejé buscara el retiro, el estudio y la piedad. Ni el hábito ni la tonsura, le dije, son lo principal en un sacerdote, sino la práctica de las virtudes propias de su estado.

En 1780 por razones económicas tuvo que dejar este Seminario e ingresó en el de San Nicolás del Chardonnet. Recibió el orden del Subdiaconado con alegría, aunque tuvo que sufrir con su director espiritual. Una enfermedad le obligó a dejar el Seminario y murió en Boulogne en 1782. Yo, lo sentí muchísimo, pues era carne y uña con él.

Durante toda mi vida mantuve una correspondencia abundante con mis padres y hermanos. La idea de la salvación eterna era como una constante en nuestras expresiones por aquel entonces. Dominaba en las familias cristianas y las orientaba en el camino del bien. Veíamos en Dios y en la vida eterna el fin del corto paso de los hombres por este mundo.

Siempre que escribía a mi padre, lo hacía teniendo en cuenta las ideas anteriores, que para él eran familiares. Le indicaba un programa y le exhortaba a orientar su existencia y su desbordante actividad hacia Dios. Siempre insistía en la frecuencia de la Eucaristía y la Comunión. Nunca dejaba de hacer hincapié a que pensara en las verdades eternas.

Procuré que todas las cartas que dirigía a mis familiares aportaran alegría, entusiasmo y un deseo grande por el progreso en la virtud, como se decía entonces. Mi familia estaba convencida de sus principios cristianos y supo conservarlos a pesar de las muchas dificultades por las que tuvo que pasar. Todos fueron fieles a la práctica constante y leal de la religión.

** ¿Por qué fuiste tú el único de entre tus hermanos que acudió a la escuela de los Hermanos de las Escuelas Cristianas?*

Muchas veces pensé que Dios tenía reservado para mí un premio especial. En Boulogne un sacerdote, Jean Francois Vannier, dirigía una escuela. Mis

hermanos comenzaron de pequeños con él y yo también; luego, como todos los que seguían estudios en la ciudad, los continuaban en otras escuelas. Fue con los Padres del Oratorio, que poseían allí uno de sus principales centros de Francia, con quienes continuaron, como la mayor parte de los hijos de la burguesía boloñesa. El primogénito, Juan Francisco, realizó en este centro sus estudios desde 1752 y fue donde prendió en él la llama para ingresar en 1759 en el Oratorio. Lo mismo hicieron Antonio, Víctor y Aquiles.

Yo, por el contrario, ingresé en la Escuela de los Hermanos. No sé ciertamente las razones por las que mis padres quisieron que asistiera a las Escuelas Cristianas. Como antes decía, los designios de Dios son inescrutables. Tal vez el rechazo a tanto latín y griego y una orientación más clara e inmediata para la vida de los negocios en la familia, era lo que vieron como prioritario.

Los Hermanos residían en Boulogne desde el año 1710, en tiempos del Santo Fundador, que fue quien fundó la escuela. Al principio, fue una escuela primaria y con el tiempo, en 1744, acomodaron la escuela a las necesidades de la villa creando una clase especial de comercio. Muchísimas familias se vieron favorecidas de esta oportunidad que se les brindaba. Los éxitos obtenidos ratificaban una vez más la reputación de los Hermanos en la Villa. Seguramente que esto impulsó a mis padres a que su hijo Nicolás, en quien tenían puestas unas esperanzas grandes, acudiera a esta escuela.

Fui alumno de los Hermanos desde el curso 1754-1755. Tenía nueve años. Era tímido, pero muy aplicado, constante y trabajador, como lo demostraban los resultados. Las influencias de la familia y de la escuela, así como mi interés por la clase de religión, lograron que el año 1757 estuviera dispuesto para recibir la Primera Comunión. Fue un día dichoso que todavía recuerdo. Por la tarde, acompañado de mi familia, me acerqué al altar de Nuestra Señora de Boulogne y renové mi consagración.

Mi madre solía decir que desde que frecuenté la escuela de los Hermanos, era como un arbolito trasplantado a orilla de las aguas, pero que debía esforzarme más. Los juegos eran para mí una distracción necesaria que no me apartaba para nada de los deberes escolares.

Dos años más tarde empecé los estudios comerciales en la misma escuela, preparándome para la carrera mercantil, que mi familia juzgaba ser la vocación natural de los LeClercq.

Al vivir en una ciudad marítima, oía con frecuencia los peligros del mar que llenaban de congoja los hogares de muchas familias. No acertaba a comprender cómo por negocios y ganancias temporales tantos hombres llegaban a desviarse del camino de Dios. *“Yo no seré marino nunca”*, me decía. Prefiero salvar mi vida antes de perder mi alma.

Recuerdo a los Directores de la escuela: el H. Abel, ¡cuánto me ayudó!; al H. Raimundo, muy apreciado por mi familia, que después fue nombrado Asistente del

Superior General y que fui siempre muy considerado por él; al H. Leandro, a quien mi padre comunicó la decisión tomada por mí, de ingresar en el Instituto.

Mi paso por la escuela de los Hermanos fue decisivo. Aprendí muchísimas cosas y siempre recordé el deseo que tuve, más de una vez, de hacerme como uno de ellos. Nunca se lo manifesté a nadie.

** Una vez terminada la estancia en la escuela de los Hermanos de Boulogne, ¿qué hiciste y dónde viviste?*

En 1761, con diez y seis años a la espalda, salí de la escuela y permanecí en Boulogne. Cuando se estableció la paz entre España, Francia e Inglaterra supuso una gran alegría para la familia. Con la paz llegó la libertad de la prisión en Londres para Agustín; volvió a casa el corsario Antonio y permitió mejorar las pérdidas habidas durante la guerra. Estas circunstancias ocasionaron un cambio para mi vida. Vueltos mis hermanos al hogar, ocuparon su lugar y yo tuve la oportunidad de entrar en el comercio de un tío mío, que residía en Desvres, muy cerca de Boulogne. El nombre “desvres” significa, en celta, roble. Fue siempre una ciudad conflictiva y empezó a progresar a partir del siglo XVII con la industria cerámica.

Mi tío Luis María Dupont se fió de mí a pesar de los pocos años que tenía. Me confió la administración de toda su empresa, y como esto exigía mayores conocimientos profesionales, fui enviado a París a finales de 1766 para perfeccionarme en la manera de gestionar los negocios.

Me tocó vivir en una época un poco rara y en una situación en donde imperaba el filosofismo y ninguna ciudad escapaba de su influencia. Tuve que enfrentarme a esta situación hostil a los principios recibidos en la familia. Mis compañeros vivían esa situación de indiferencia religiosa a la que yo no estaba acostumbrado y tuve que luchar para evitar que ello influyera en mí. Mi actitud, como he dicho antes, mereció la estima de mi tío.

Pronto sentí la necesidad de un aprendizaje más completo. Fiel a las costumbres de los de Boulogne, de ir a lejanas tierras para aprender más sobre los negocios, sugerí la posibilidad de ir a París para perfeccionar mis conocimientos profesionales.

** ¿Cuál fue tu situación cuando llegaste a la capital del Reino?*

Mi padre quiso que trabajara en casa de un comerciante de reconocida honradez. En su establecimiento pasaba casi todo el día. Las comidas las efectuaba en una posada, cuyo dueño era

permisivo y concedía a sus clientes todos los caprichos y ligerezas propias de jóvenes. Allí tuve que rozarme con compañeros de costumbres un tanto superficiales y ligeras, que a mí no me hacían ninguna gracia.

El contraste que encontré durante este tiempo en París donde me tocó vivir la realidad del mundo que me rodeaba me llevó a vivir una situación de disconformidad entre lo que pensaba y vivía. Estas vivencias desagradables me indujeron a orientar mi vida en otra dirección.

Mis compañeros de trabajo vivían de forma escéptica y un tanto relajada. Mis fuertes convicciones y las cartas que mis padres me dirigían, sobre todo mi madre, me ayudaron a superar la situación y a seguir por el camino en el que había sido formado desde la familia. No obstante, el respeto humano me impidió muchas veces hablar y obrar según mis convicciones. No vivía tranquilo en aquel ambiente que me desasosegaba continuamente en mi interior. Aspiraba a una vida más segura, más fiel a Dios y a ser más responsable con lo que creía.

** Creo que de manera fortuita te encontraste con un grupo de Hermanos en París. Cuéntame cómo fue ese encuentro...*

Ante aquellos nubarrones que se cernían sobre mi vida y al no encontrarme tranquilo en la situación por la que pasaba, soñé con una vida mejor y más en conformidad con mis íntimas aspiraciones. Noté que mi voluntad flaqueaba y acudí a Dios. Tenía la costumbre, siempre que pasaba por delante de una iglesia, entrar y hacer un rato de oración. Con frecuencia acudía a “Nuestra Señora de los Campos”, donde le pedía su intercesión y ayuda. Solía en estos momentos recordar a mis antiguos maestros, los Hermanos, y sus buenos consejos.

Cierto día del mes de marzo de 1767 entré a visitar a la Virgen de siempre y participar de la Eucaristía. Tuve una sorpresa gratísima: allí me encontré con un grupo de Hermanos y reconocí a un antiguo profesor de Boulogne. Este encuentro despertó en mí un recuerdo imborrable de abnegación, sacrificio y dedicación, que siempre había llenado mis pensamientos.

Una cierta intranquilidad ante aquel encuentro inesperado removió mis entrañas y sentí cierta confusión. Me dirigí a la iglesia de San Sulpicio y consulté con un confesor. Reflexioné y Dios me envió su espíritu y decidí. Parecerá que esto es un cuento, pero fue así. Reflexioné, oré y resolví. A los pocos días, me despedí del amo y me encaminé hacia Boulogne para notificar a mis padres la decisión tomada. Quería ser Hermano de las Escuelas Cristianas.

** Sería interesante que aclararas, cuáles eran las ideologías que dominaban por aquellos años...*

Parecerá una tontería que yo me ponga a filosofar, cuando de lo que se trata es, como bien habíamos quedado, que yo te cuente algo sobre mi vida. No obstante, sí quiero darte unas pinceladas del ambiente que se respiraba por aquellos años, para que puedas comprender después el tema de la Revolución que se produjo en Francia.

Sabrás que la Ilustración fue un movimiento cultural e intelectual europeo, especialmente en Francia e Inglaterra, que se desarrolló desde finales del siglo XVII hasta el inicio de la Revolución francesa. Fue llamado así por su declarada finalidad de disipar las tinieblas de la humanidad mediante las luces de la razón. El siglo XVIII es conocido por este motivo, como el “Siglo de las Luces”. Los pensadores de la Ilustración sostenían que la razón humana podía combatir la ignorancia, la superstición y la tiranía, para construir un mundo mejor. Este movimiento tuvo una gran influencia en aspectos económicos, políticos y sociales de la época.

Desde Gran Bretaña –donde algunos de los rasgos esenciales del movimiento se dieron antes que en otro lugar– la Ilustración se asentó en Francia, donde la anglofilia fue difundida por Voltaire, y produjo allí su cuerpo ideológico, el enciclopedismo y sus más representativas personalidades: Montesquieu, Diderot, Rousseau...

Todos estos líderes intelectuales se consideraban a sí mismos como la élite de la sociedad, cuyo principal propósito era liderar al mundo hacia el progreso, sacándolo del largo periodo de tradiciones, superstición, irracionalidad y tiranía.

Una de las características del movimiento fue la extraordinaria fe en el progreso y en las posibilidades de los hombres y mujeres para dominar y transformar el mundo.

Exaltaban la capacidad de la razón laica para descubrir las leyes naturales y la tomaron como guía en sus análisis e investigaciones científicas. Criticaron la intolerancia en materia de religión, las formas religiosas tradicionales y al Dios castigador de la Biblia, rechazando toda creencia que no estuviera fundamentada en una concepción naturalista de la religión. Todos estos planteamientos, relacionados con las aspiraciones y valores laicos y materialistas de la burguesía, penetraron en otras capas sociales potenciando un

ánimo crítico hacia el sistema económico, social y político establecido por los estamentos nobiliario y clerical, que culminaría en la Revolución.

Como puedes imaginar, la situación ideológica que se respiraba en aquellos años era confusa para los que habíamos recibido una formación familiar anclada en la tradición. Respecto a los Hermanos, he de decirte que se levantaron voces en contra del ministerio que desempeñaban. Sólo te voy a recordar algunas de las frases y textos, que un tal Chalotais, procurador general del Parlamento de Bretaña, citaba de Voltaire, de Mézard (abogado y concejal), y que con el mismo estilo escribían D'Alambert y Rousseau. Este Chalotais tuvo cierta influencia, pues dejó escrito un *Plan de educación nacional*. En lo político-social la ideología se iba tornando contraria a la obra de los Hermanos. El enciclopedismo iba dominando el ambiente y estos representantes eran los más opuestos a las escuelas cristianas. Entre sus "perlas", te recuerdo:

- *"Hay que expulsar a los Ignorantillos, los Hermanos de las mangas amplias".*
- *"Los Hermanos de las Escuelas Cristianas han venido para acabar de echarlo todo a perder".*
- *"Envíeme alguno de esos Hermanos Ignorantillos para conducir mis arados y para uncirlos al yugo".*
- *"Es esencial que haya ignorantes: no hay que instruir al obrero, sino al burgués".*
- *"El pueblo tiene que ser guiado, no instruido".*
- *"Muchos piensan que los Ignorantillos son más nocivos que útiles a las villas y lugares... educan a una infinidad de agricultores... y forman una legión de artesanos menores que no podrán ganar su vida".*

Seguramente te ha extrañado, que a los Hermanos les llamaran "Ignorantillos". Era el despectivo que durante años había sido el apelativo aceptado por la Congregación de la Doctrina Cristiana, de César de Bus, y luego aplicado a los Hermanos. Eran injustos con las Escuelas Cristianas que se dedicaban a instruir a los más necesitados, pobres y desamparados de la cultura.

* *Para tu entorno familiar sería un poco llamativa la "espantada" que diste cuando lo de tu vuelta de París a Boulogne. ¿Cómo fue la reacción?*

Mi decisión fue firme y no lo pensé dos veces. Ya te he dicho que no me sentía satisfecho en el ambiente parisino y tomé la decisión de volver a casa y hablar con mis padres de la decisión tomada. Fue en marzo de 1767. No lo esperaban. ¿Qué me había pasado? Me sinceré con ellos. No había ocurrido nada especial. No estaba contento en el mundo que vivía y mis luchas continuas me habían llevado a renunciar al ambiente en el que estaba. «*No estoy hecho para el mundo –les dije–; la consideración de los pecados que se cometen me hace temblar, en él no podría salvarme. Deseo ingresar en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.*»

Mis padres, en un principio, vieron sus planes truncados de repente. Incluso mis tíos no lo entendieron. Trataron de necia mi determinación y se creyeron humillados al ver a uno de la familia dedicado al humilde empleo de maestro de los más pobres. Dejé que hablasen y determiné retirarme unos días a la trapa de "Notre Dame du Gard", para madurar mi decisión. Desde la meditación, la oración y el trato con los monjes, se afianzaron más mis deseos.

La noticia del ingreso en la vida religiosa produjo gran sorpresa en unos y descontento en otros. Yo tenía clara la decisión y me mostré firme ante quienes pretendían persuadirme de la decisión tomada. «*Me tengo por más dichoso –escribí más tarde– que los que me desprecian, y prefiero disgustarles por agradar a Dios, pues según San Pablo, el que busca agradar a los hombres no puede ser siervo de Jesucristo.*»

* *Da la impresión de que todos los acontecimientos ocurrieron muy rápido. Podías contarnos tus impresiones al llegar al Noviciado de San Ujon, en Ruán...*

Sí, efectivamente, todo resultó muy rápido. Pienso que Dios lo quería así. Tal vez quise evitar dificultades. Los preparativos, después de habérselo comunicado mi padre al H. Leandro, que

entonces era el Director en Boulogne, fueron rápidos. A finales de marzo de 1767, dejé la casa paterna y salí para Ruán, donde fui admitido en el Noviciado de San Yon. Tenía 22 años y unos deseos inmensos de ser Hermano. Fui recibido con muchísima alegría por el H. Calixto, director del Noviciado y por el H. Serapión como subdirector. Me sentí desde el principio muy feliz, sobre todo al encontrarme allí al H. Raimundo, que había sido director de la escuela de Boulogne y amigo de la familia.

La impresión de la casa de San Yon fue agradabilísima. No sé si conocerás la historia de esta casa. Es interesante y te la voy a recordar para que te hagas una idea de la impresión que me causó.

En 1705 el Señor de La Salle había alquilado en Ruán, en un arrabal de San Severo (al sur de la villa), la mansión de San Yon. *“Una tranquila extensión de siete hectáreas de jardines con praderas y grandes árboles que esconden edificios inmensos”*, dicen los historiadores. La Salle no sabía dónde poner a sus novicios y solicitó autorización del arzobispo y rápidamente le fue concedida.

En cuatro años, el maestro de novicios, H. Bartolomé, formaría allí una treintena de Hermanos, venidos de diversos lugares: hijos de labradores, de pequeños artesanos y hasta el hijo de un rico propietario de Bourgogne. Se organizó para los jóvenes Hermanos una especie de escuela de maestros en torno a una escuela de prácticas abierta en el barrio popular de San Severo. Bajo la guía de un maestro experimentado aprendían a llevar la clase: iniciación práctica (conforme a la *“Guía de las Escuelas”*), pruebas sobre la marcha y métodos renovados. Todo les permitía evaluar sus avances y perfeccionarlos mediante una emulación adecuada.

Entonces, San Yon se convirtió en el lugar apacible donde el Fundador y los Hermanos de Ruán acudían periódicamente, como antaño a la “Casa Grande”, a fortalecer el alma, el corazón y el cuerpo. El Noviciado, bajo la égida del buen director, conoció días apacibles. La Salle acudía al retiro de San Yon siempre que le era posible, porque consideraba aquel lugar como el corazón del Instituto.

La ciudad de Ruán se encuentra al noroeste de Francia y capital de la región de la Alta Normadía. A la “Ciudad de los cien campanarios”, sobrenombre con el que era conocida, la atraviesa el Sena y tres de sus pequeños afluentes: el Auberte, el Robec y el Cailly. Fue fundada en tiempos de Augusto y llegó a ser la segunda ciudad más grande de Galia, detrás de Lugdunum. En ella se construyeron un anfiteatro y grandes termas.

La Salle estaba preocupado, al no saber dónde colocar el Noviciado. Al fin, ya tenían sitio en San Yon. El Fundador se apresuró por realizar las gestiones precisas para tomar posesión de la finca. Se le concedió por un alquiler de 400 libras al año. Sin demora, mandó trasladar los muebles que tenía guardados en la calle de Charonne y amuebló con ellos la nueva casa. Pronto el Noviciado vio crecer el número de sus candidatos. La Salle permaneció allí hasta el año 1709, cuando

retornó a París por causa del hambre que cundió. Volvió a San Yon en 1715 y compartió la formación de los novicios hasta el fin de su vida.

** ¿Solamente en San Yon estuvo el Noviciado o hubo alguna otra actividad?*

Las obras educativas que se llevaban en el complejo de San Yon fueron extraordinarias. La reputación de los Hermanos se extendió rápidamente, hasta el punto que familias acomodadas de Ruán pidieron y obtuvieron que algunos de sus hijos fueran acogidos en San Yon. Allí fueron recibidos como pensionistas.

Sabrás que en el siglo XVII, en Francia, existía una gran laguna en la enseñanza. Terminada la educación primaria en las escuelas y la superior que se impartía en los colegios y en la universidad, no había una enseñanza secundaria intermedia a la que pudiera acceder la pequeña burguesía de entonces. De ahí que las peticiones hechas al Señor de La Salle por parte de estas familias –que no encontraban ninguna institución apropiada a lo que necesitaban–, fueran escuchadas y atendidas. San Yon parecía el sitio adecuado para que pudieran recibir allí la iniciación técnica que buscaban futuros empresarios y negociantes.

El programa de los pensionistas era una rica síntesis de lo que ya se había intentado en las escuelas dominicales y con los emigrantes irlandeses: cursos religiosos (catecismo e historia sagrada) y también historia, geografía, literatura, retórica, contabilidad, geometría, arquitectura e historia natural. Para algunos se añadieron incluso cursos de hidrografía, de mecánica, de cálculo diferencial e integral, de lenguas vivas y de música. Este internado permaneció con normalidad hasta la muerte del Fundador. La experiencia resultó positiva.

Las condiciones, al principio de la fundación, fueron de una pobreza extrema, pero los frutos educativos, enormes, tanto, que el señor Pointcarré sugirió a La Salle la creación de otro centro más original. Muchos padres, que encontraban serias dificultades en la educación de sus hijos, pretendían que los Hermanos se hicieran cargo de ellos. El aumento de ese tipo de niños revoltosos, indisciplinados, libertinos e intratables, obligó a formar un grupo distinto al de los demás internos. El buen resultado en la educación de estos chicos indujo a muchos padres, con hijos más difíciles, a que por Orden del Parlamento o del Tribunal fueran también internados en San Yon.

Se admitió a jóvenes calaveras para que pudieran reformarse. Se puso a estos muchachos bajo la vigilancia de un Hermano y seguían un reglamento especial, aunque asistían a clase con los internos. Cuando su comportamiento era bueno y se veía un progreso en su formación, pasaban al grupo de los internos. No obstante, no resultó fácil la conjunción entre los dos grupos y fue la causa de las dificultades que pronto se presentaron.

Otro grupo que se formó fue el de los más difíciles y que, por Órdenes de la Autoridad Civil, ingresaban en el complejo educativo de San Yon. Eran jóvenes que, en lugar de estar encarcelados en prisión, eran retenidos allí. Se alojaban en un edificio aparte y algunos ocupaban en solitario una celda. Podían acudir, cuando su comportamiento se normalizaba, a los ejercicios comunes y seguir cursos y trabajos manuales. Nadie se enteraba de su identidad personal y, en lugar de llamárseles por su nombre, se les asignaba el de un Santo para que así permanecieran desconocidos. El Hermano encargado de orientarlos gozaba de una autoridad excelente y su influencia era grande en la “marcha” del internado. No todo resultó fácil. Hubo dificultades mientras permaneció el establecimiento en marcha.

** Está muy bien todo este repaso que me has hecho de la obra de San Yon, pero cuando tú llegaste, sigo insistiendo, ¿qué impresión recibiste y cómo transcurrió el tiempo que estuviste allí?*

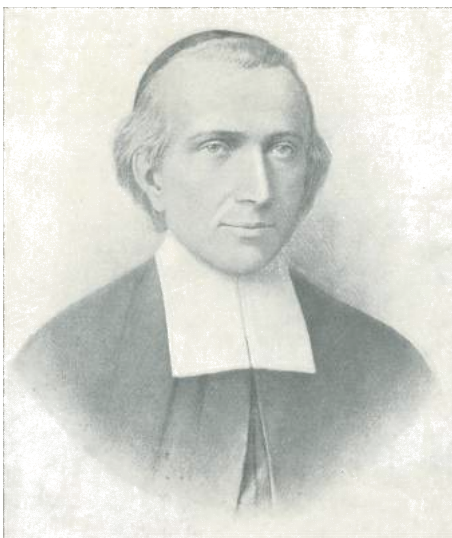
Fue una impresión, sigo diciéndote, agradabilísima. Allí encontré lo que buscaba: sosiego, recogimiento, fraternidad y encuentro con Dios. En las siete hectáreas de la finca podías hallar lugares donde la serenidad te invadiera y llenara de paz, tranquilidad, silencio y serenidad, que era lo que yo buscaba. Me sentía dichoso y no anhelaba otra cosa que dedicarme a Dios plenamente. La casa de San Yon todavía mantenía los perfumes de las virtudes de La Salle y de sus primeros discípulos. Además, allí se guardaban sus cenizas desde el año 1734.

En este tiempo integraban el complejo lasaliano una casa noviciado, la más importante que a la sazón tenían los Hermanos en Francia; un centro correccional, en el que únicamente se admitía a jóvenes enviados por orden real; y el colegio internado, separado por completo de los grupos anteriores, y en el que se atendía a los hijos de familias pudientes desde la edad de los siete años hasta los diecisiete. Los programas de estudio eran los que indiqué anteriormente.

A los dos meses de ingresar realicé la iniciación del Noviciado con la toma de hábito. Fue el 17 de mayo de 1767, día de la Ascensión. Me dieron, como era costumbre en el Instituto, el nombre de Hermano Salomón, que es como se me conoce. Fue un día alegre y dichoso. Me sentía otro, porque pensaba haber acertado con lo que deseaba. Éramos treinta jóvenes dispuestos a profundizar en la vocación a la que creíamos estábamos llamados.

Fue un año de discernimiento vocacional donde trabajé seriamente y me entregué con alegría a cuanto la Regla me pedía. Profundicé bastante en la vida de La Salle y en la Palabra de Dios, que llevábamos siempre con nosotros. Me encargaron de hacer la limpieza en la habitación del Superior General dimisionario, H. Claudio. Era una buenísima persona que siempre me edificó por sus buenos consejos llenos de sabiduría.

Sentí que dos de mis hermanos no siguieran mis pasos. Los escribía con frecuencia invitándoles a ingresar en el Instituto. Aquiles no ingresó en San Yon, sino en un seminario. Sentía una cierta indiferencia hacia nuestra vocación, tal vez por no ser lucrativa. Él se lo perdió, pues no sabía lo que se hubiera encontrado en nuestra vida humilde y sencilla. Por el contrario, a Eustaquio le animé y vino al Noviciado en 1771. Recibió el nombre de H. Salvador.



Poco a poco fui apreciando las ventajas que se conseguían buscando los bienes eternos. Sentía un gozo enorme en mi vocación, y así se lo expresaba a mi familia en todas las

cartas que les escribía. Prefería mi vocación a todas las riquezas del mundo. Me iba convenciendo con San Pablo, que si mis esperanzas se limitaban a la vida presente, era el más desgraciado de los hombres. Renunciaba a muchas cosas y me sometía a un ritmo de vida duro y regulado, sí, pero ponía la mirada en la eternidad y las penas se hacían ligeras.

Teníamos por Regla, entonces, dos años de Noviciado contando desde el día de toma de hábito. Los que nos orientábamos a la enseñanza, pasábamos el primer año dedicado a los ejercicios de piedad y adquirir el espíritu del Instituto; era un año de retiro, de recogimiento, de oración. Nos dedicábamos a los ejercicios de piedad, decía nuestra Regla, desde la mañana a la noche. En el segundo nos enviaban a una Casa de Escuela para ejercitarnos en la misión que íbamos a ejercer en adelante.

El Hermano Director, cada día, nos instruía sobre temas relacionados con la vida espiritual, la Regla, el "*Método de Oración*" y el ejercicio práctico de la misma. Nos recomendaban algunos libros como "*La Guía de Pecadores*", de Fray Luis de Granada; "*La Vida Devota*", de San Francisco de Sales; "*El Tratado de la Oración*", del P. Rodríguez, etc...

** Parece que después de un año en San Yon te enviaron a Rennes a dar clase. ¿Cómo recuerdas tu primer año de docencia?*

Verdaderamente fui con mucha ilusión a Rennes en septiembre de 1768. Tuve mucha suerte con el Director que me orientó desde el principio. Fue el H. Vicente Ferrer, experimentado maestro que supo darme las lecciones necesarias para encarrilar mi inexperiencia.

Rennes era una gran ciudad al noroeste de Francia y a 50 kilómetros del Canal de la Mancha. Surgió entre el segundo y el primer siglo antes de Cristo como capital de la tribu gala de los Redones. Durante la Edad Media, con la llegada de los pueblos bretones y la consolidación del ducado de Bretaña frente al poder carolingio y luego de los reyes de Francia, Rennes se confirmó como una de las poblaciones más importantes de la región fronteriza del ducado, la marca de Bretaña.

Comencé con una clase de casi 130 alumnos. Tuve que batallar muy en serio porque yo debía ser muy inexperto y ellos muy niños... Eran pobres, traviesos y charlatanes. No tenía manera de cómo hacerlos callar. Muchas veces no sabía cómo mantenerlos en orden y lograr de ellos disciplina, silencio y trabajo. Se me hizo al principio algo cuesta arriba, pero contaba con la ayuda de Dios y sentía cierta satisfacción en el ejercicio del ministerio. Empezaba a aprender a ser profesor y comunicaba a mi familia la satisfacción que sentía en el estado escogido y los deseos de perseverar en él. Si la escuela era para mí causa de trabajos, ¿qué estado estaba exento de ellos? Me sentía bien pagado por el contento y la tranquilidad de que disfrutaba interiormente.

Además, me sentía satisfecho en la comunidad, donde reinaba la regularidad, la paz y la unión entre todos los que la componíamos... Estábamos todos alegres, nos ayudábamos procurando evitar roces y malentendidos.

Al terminar el curso, en el año 1769, emití los votos trienales. Comunicaba a mis padres el honor y la dicha de ofrecerme al Instituto con este acto de generosidad. Fui trasladado a Ruán, encargándoseme de la primera clase de la escuela de Saint Godard, donde ejercí durante un año. Fue durante este tiempo cuando compartí con mi hermano Eustaquio las gracias abundantes de que Dios le colmaba. Tenía él entonces 21 años y todavía no se había decidido por ninguna carrera: Poco satisfecho en su vida profesional,

consultó conmigo. No tuve ninguna duda en orientarlo hacia el Noviciado de San Yon. Oré insistentemente por él y en febrero de 1771 Eustaquio entraba en el Noviciado. El ingreso de mi hermano en el Instituto, donde desde el principio se sintió feliz, fue para mí un acicate y un impulso positivo en mi proceso vocacional.

Estos dos años fueron los primeros de mi vida apostólica. Contento con mi nuevo estado, me sentía dispuesto a cualquier sacrificio. Yo que antes me estremecía al sólo pensar en embarcarme para atravesar el océano, me sentía entonces con bríos para ir donde me enviaran los Superiores, aunque fuese al otro lado de los mares...

** Dos años ejercitándote como profesor en Rennes y en Ruán, parece poco tiempo en cada escuela. ¿Cuál fue la causa para que te enviaran a Maréville? ¿En qué consistía el "complejo" Maréville?*

Había emitido los votos trienales y se ve que el Superior General, H. Florencio, vio que iba progresando y quiso procurarme el medio de completar mis estudios. Me envió junto con otros compañeros al Escolasticado o Academia de Maréville, cerca de Nancy. Esa Academia en la que se impartían cursos especiales de pedagogía, tenía una orientación copiada de San Yon.

En Maréville, Anne Fériet, viuda del Señor de Novéant-sur Moselle, donó en 1597 una parte de su fortuna para la fundación de un hospital para apestados. Asistió en 1602 a la consagración de la capilla de la Santa Trinidad de Santa Ana. Cuando murió, en 1606, el hospital ocupaba una superficie de 27.000 metros cuadrados y tuvo muchísima actividad durante la primera parte del siglo XVII hasta que el problema de la peste fue desapareciendo y su solicitud fue decayendo progresivamente.

En 1716 los edificios, que permanecían ruinosos, fueron transformados por el duque Leopoldo en un centro de corrección: la Renfermerie. El duque decidió rápidamente añadir una manufactura de calzado. En ella se emplearon un centenar de individuos, reclusos de la Renfermerie e indigentes. La manufactura no pudiendo competir con otras fábricas que aparecieron, cesó su actividad en 1745.

En 1749, Maréville y las rentas de Anne Fériet fueron asumidas por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, a condición de que se restableciera el correccional, según lo vieran conveniente y se comprometieran a crearlo, a cambio del pago de una pensión y de que admitieran todos los sujetos que el duque les enviara por orden explícita de reclusión. Además de estos internos, así como jóvenes de correccional, en Maréville se estableció el Noviciado y el Escolasticado o Academia, se recibió medio pensionistas y además a un grupo de disminuidos psíquicos.

Mis primeros meses en Maréville fueron de mucho trabajo y estudio. Durante el generalato del H. Frumencio se habían fundado algunas escuelas y se vio la necesidad de una mayor formación para quienes ingresaran en la Congregación. Esa fue la razón por la que fui enviado al Escolasticado. Me pareció estupenda esta decisión de los Superiores y procuré aprovecharla al máximo. Fueron meses de estudio y trabajo intensivo. La preparación que se nos brindaba era extraordinaria y estábamos dispuestos para afrontar las dificultades que se nos presentaran en el campo de la docencia.

Terminado el tiempo que estuve en el Escolasticado, me propusieron como profesor de Maréville. Volví así a la vida que comencé en Rennes y en Ruán. Los alumnos eran distintos, tanto en la edad y en el nivel intelectual, como en la clase social. El régimen era de internado, donde se mezclaban internos y externos sin entorpecerse. Estas dos divisiones, aunque separadas, recibían la enseñanza de las mismas materias en aulas de trabajo preparadas para ello.

El rey Estanislao de Polonia, cuando abdicó, recibió en compensación el ducado de Lorena y Luis XV se casó con su hija. En esta fundación tuvo como objetivo procurar una formación de aquellos niños y jóvenes cuyas costumbres no del todo correctas pudieran ensombrecer la honorabilidad de sus familias. Los Hermanos estaban obligados a recibir, cuidar, atender, como ya hemos dicho, a todos los que de manera explícita, el duque recomendara.

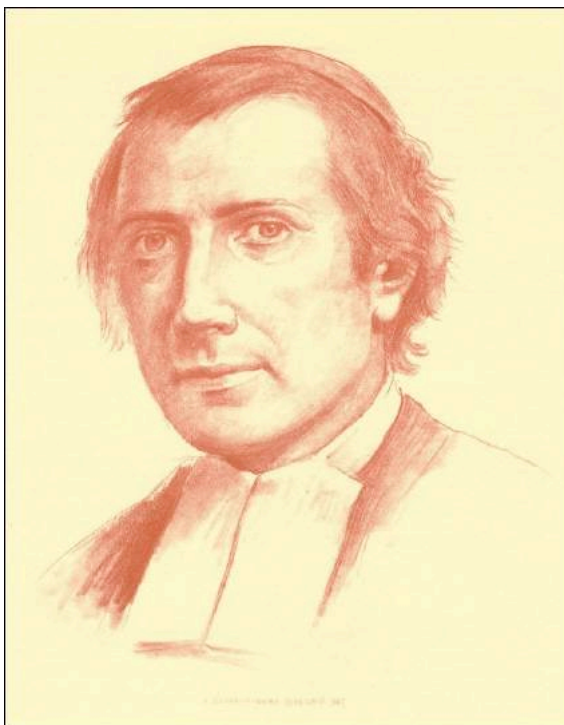
El internado –al que muchos padres habían llevado a sus hijos porque encontraban serias dificultades a la hora de educarlos– estaba muy organizado, de manera que los pupilos se sentían cómodos. Eran especie de “hogares familiares” donde se les atendía con bastante dedicación infundiéndoles los hábitos, virtudes y deberes a los que estaban obligados. El mismo rey Estanislao decía con frecuencia: *«De todos los establecimientos que he fundado en mis Estados, ninguno ha producido tanto bien como el de los Hermanos de las Escuelas Cristianas»*. Las materias que se impartían eran diversas: cursos de religión (catecismo, historia sagrada), y también historia, geografía, literatura, retórica, contabilidad, geometría, arquitectura e historia natural. Para algunos se añadían sesiones de hidrografía, de mecánica, de cálculo diferencial e integral, de lenguas vivas y de música. Si te das cuenta, eran programas prácticos copiados en parte del internado de San Yon.

Éste era el medio escolar en el que estuve durante veinte meses encargándome de las clases de francés y caligrafía y otras actividades. Tuve que practicar en muchas ocasiones la paciencia con este tipo de alumnos, pero creo que logré los objetivos que me propuse. Ya no era un novicio en el campo de la enseñanza. El buen sentido que daba a las cosas me ayudó a llevar la docencia con bastante desahogo. El espíritu de observación que tenía favorecía la manera de orientar a aquellos muchachos que tantas veces se resistían a las insinuaciones que se les proponían a la hora de actuar. Siempre motivé mi actuación con la fe que el Fundador me recomendaba en el desempeño del trabajo cotidiano. Tenía el

convencimiento que sólo debía actuar por espíritu de fe y sólo y únicamente por Dios.

En esta situación me encontraba cuando decidí consagrarme por medio de la Profesión Perpetua al Dios que me había llamado. Inesperadamente recibí la noticia de la gravedad en la que se encontraba mi madre. Fue para mí un golpe duro que me llenó de tristeza. Sólo encontré consuelo al lado de Dios. Escribí a mi padre, consolándole y animándole a que recibiera los acontecimientos y adorando su santa voluntad. Mi madre murió en 1772. Había sido una mujer llena de virtudes humanas, reflejo de la vida cristiana que llevó.

Me decidí, después de cinco años de experiencia en la vida de Hermano de las Escuelas Cristianas, a consagrarme por toda la vida al Señor, a quien seguía. Realicé la Profesión tres meses después de la muerte de mi madre, en Maréville, el 28 de mayo. Era el día de la Ascensión. Se lo comuniqué a mi familia pidiéndoles me encomendaran a Dios para que fuera fiel hasta la muerte.



** Éras muy joven cuando te responsabilizaron de la formación de los novicios. ¿Te sentiste a gusto en el nuevo puesto que te encomendaron después de tu Profesión religiosa?*

Sí. Tenía unos 26 años cuando profesé. Era una persona apreciada por todos, pues así me sentía. Los Superiores debieron entender que podía desempeñar un buen papel en el Noviciado de Maréville y allí me enviaron como subdirector el año 1772.

Era Director de la casa el H. Lupicin y de novicios el H. Lothaire. Creo fueron los dos quienes influyeron para que yo pasara al Noviciado como subdirector. El H. Lothaire era hombre de gran experiencia y amplias miras de espíritu. Fue quien me guió en el arte de atender y orientar con su presencia a los jóvenes Hermanos.

Cuando se fundó el Noviciado en 1751, el primer joven que solicitó su ingreso fue el H. Felipe de Jesús, que llegó a ser Procurador General del Instituto en el momento de la Revolución. Era uno de los Noviciados más prósperos de la Congregación e influyó muchísimo en el Este de Francia y en la Lorena para que se fundaran escuelas de mucha eficacia y prosperidad. Tuvo extraordinarios directores, como los HH. Exupère, Silvestre y Lothaire, que llegaron más tarde a desempeñar el cargo de Asistentes del Superior General.

Con el H. Lothaire me compenetré de tal manera que nuestros esfuerzos fueron grandes en pro de la formación de los Hermanos novicios. Durante este tiempo casi me olvidé de mi familia y fueron pocas las cartas que les dirigí. La preparación de las orientaciones a los novicios me llevaba mucho tiempo. Si pretendía transmitir doctrina espiritual, yo tenía que ser el primero en prepararme. Era necesario mi enriquecimiento para que la fuente no se secase. Era necesario profundizar en la teología ascética. Para ello, tuve que leer unas cuantas obras y consultar autores espirituales. Recogí datos de la historia del Bienaventurado Hermano Gille, de Santa Teresa de Jesús; y me entregué al estudio realizado por el canónigo Blain sobre Juan Bautista de La Salle, de donde sacaba las principales lecciones para mis alumnos.

Tuve siempre en gran estima al H. Lothaire. Era un buen amigo del que reconocía su talento y capacidad. A mi hermano Aquiles, le

recomendé le visitara en París y le considerara en el trato como si fuera yo mismo. Le debía muchísimos favores y sobre todo el acompañamiento que durante dieciocho meses había tenido por su parte, mientras fui subdirector con él.

Mi hermano Aquiles se entrevistó con él con gran alborozo y alegría por ambas partes. Le recibió como a un amigo íntimo, como a un hermano. No reparó ni en el tiempo ni en las atenciones que tuvo con mi hermano. Todo esto me lo comunicó Aquiles, extrañado por lo entrañable que había sido con él.

Tenía 28 años cuando reemplacé al H. Lothhaire, como director de novicios, después del año y medio como subdirector del mismo. Él fue encargado de la administración de la casa, hasta que en 1776 fue llamado por el Superior General para desempeñar el cargo de Secretario del Instituto; a la vez, el H. Juan María reemplazó como director general de la casa al H. Lupicin.

Fue muy grato el que enviaran a mi hermano Eustaquio, que como Hermano se llamaba Salvador, para que fuese mi compañero en el Noviciado. Nos entendíamos muy bien y participábamos de los mismos ideales. Pero duró poco la dicha. Mi hermano era tímido y poco decidido. Se acobardó pronto, debido a su inseguridad y tuvo que ser trasladado a otra comunidad, a los nueve meses de estar juntos. Su estancia a mi lado fue agradable. Solíamos recordar asuntos y acontecimientos familiares que servían para afianzar nuestra fraternidad e ideales vocacionales.

Desde Ruán, en la escuela de San Eloy donde trabajaba Eustaquio, solía escribirme para detallarme lo que hacía. Tenía cien alumnos, de los que se responsabilizaba. Siempre me hablaba de los métodos que utilizaba y las miras que ponía al realizar su trabajo: Dios por encima de todo, a pesar de las dificultades que encontraba. Solía contarme cómo invocaba al Espíritu para que le inspirase cuanto debía transmitir a sus muchachos. Su mucho trabajo y el esfuerzo que siempre puso en el desempeño de su ministerio alteraron su salud. Tuvo que ser trasladado a San Yon para reponerse. Pocos días después de su llegada falleció. Su aceptación de la voluntad de Dios fue patente ante los moradores de la Casa. Así me lo comunicó el H. Gervasio, director de San Yon. Yo acepté los designios de Dios para con él y aunque lo sentí muchísimo, pensé que desde el cielo intercedería por nosotros.

Quedé solo en el Noviciado. Fueron cuatro años fecundos los que pasé como formador de aquellos jóvenes. Dedicué todos los esfuerzos por transmitir el espíritu del Instituto a quienes querían pertenecer a él. El silencio y el recogimiento me ayudaron a profundizar en la vocación de Hermano. Siempre estuve disponible ante las necesidades de aquellos que se me habían confiado. Pedía con frecuencia a Dios me enviara su Espíritu, para saber transmitir lo que él quería. Mis anhelos de santidad cada vez eran mayores y era lo que pedía a Dios para los novicios.

El sentido de la oración que quise transmitir a los novicios estaba inspirado siempre en el método que nos proponía La Salle. El ambiente era propicio para que profundizaran y se ejercitaran en los distintos actos que él nos indicaba. Solía

insistirles, en lo que decía La Salle, que el fruto del verdadero retiro consiste en que, quienes en él se han llenado del amor de Dios, busquen el modo de comunicarlo a los otros, cuando Dios, por el bien de la Iglesia, los pone en la precisión de tratar con el mundo.

** ¿Ha sido interesante lo que has contado sobre tu experiencia con los novicios. Estuviste cuatro años y te pidieron dejaras ese servicio, y que te quedaras en Maréville como administrador de la Casa y de la finca. ¿No fue un cambio muy brusco el que experimentaste? ¿Cuáles eran tus atribuciones?*

En 1777 era Superior General el H. Florencio, cuando me llamó para indicarme que necesitaba un administrador para el dificultoso complejo de Maréville. No pude decirle que no porque era hijo de obediencia y si él lo juzgaba así, pues yo confiaba en que Dios me ayudaría.

La Casa comprendía entonces, además del Noviciado, como ya te he dicho, el "hogar familiar" tipo correccional, el internado, el Escolasticado y un grupo muy numeroso de Hermanos. Realmente era muy complejo el asunto y tuve que sobrellevarlo desde el principio con calma y mucho sosiego. Había dejado la tranquilidad del Noviciado y me había metido en el mundo de la administración donde tenía que trajar e ir de un lado para otro para solucionar los problemas de una casa tan grande. Si todo contribuía al bien de los que aman a Dios, pensaba con San Pablo, ¿por qué he de excluir aquellos empleos que me ponen en contacto con el mundo y en los cuales se pueden practicar tantas virtudes? Efectivamente, llegué a la conclusión, de que cuando uno es todo de Dios y únicamente se le busca a Él, siempre se le halla en todas las cosas. En este cargo estuve hasta 1780.

Me encargaba de todo lo relacionado con la alimentación de aquella gran familia y del cuidado y explotación de las propiedades. Las cuentas, los trámites financieros, las estadísticas, el trato con proveedores, la adquisición de herramientas y material para trabajar era de lo que tenía que estar al tanto cada día. Los trámites financieros y el trato con toda clase de personas, ocupaban el tiempo de mi trabajo. Tenía que atender la explotación de la granja. Unas veces andando y otras subido a un caballo, sobre todo en la época de la siega, de las distintas cosechas, de la vendimia, visitaba a los trabajadores para estimularlos y exigir su rendimiento. Tenía que enterarme del precio de los productos, así como de la venta de los mismos. Muchos vecinos me aconsejaban y mis visitas a Nancy eran frecuentes para intercambiar y negociar.

Realmente, el cambio que se había producido en mi vida fue radical. De una

vida contemplativa a otra activa. Pasé de ser María a ser Marta. En fin, todo contribuía, como dice San Pablo, al bien de los que aman a Dios. Supe conjugar mis deseos de soledad, silencio y recogimiento con ese mundo de celeridad en el que me veía inmerso. La preocupación mayor para mí, era ser todo de Dios.

A todas estas ocupaciones que te estoy contando se añadió el hecho de seguir con la construcción que ya había comenzado el H. Juan María. Los espacios eran reducidos para la cantidad de alumnos y actividades que se llevaban a cabo. Elegido Superior General en 1777 el H. Agatón, esperaba obtener de Luis XVI permiso para construir. Y tuve, como procurador que era, meterme en las negociaciones y en la empresa iniciada. Comenzó a principios del año 1779, fue realizada diligentemente por más de setenta obreros y apoyada por muchos Hermanos.

Dos años fueron necesarios para terminar este bello proyecto de ampliación al antiguo edificio. Espacios creados que favorecieron el desarrollo de multitud de actividades y que fueron para la casa causa de mayor prosperidad.

En medio de este trajín, nunca perdí la calma ni la paz. La mirada siempre estaba puesta en Dios y en la salvación de mi alma. Solía escribirme con mis hermanas y siempre les decía me encomendaran a Dios para que en medio de las dificultades me mantuviera firme en la fe, gozoso en la esperanza y dispuesto siempre al amor. Los deseos de perfección no disminuyeron nunca, aunque a veces me sentía agobiado por tantísima responsabilidad como recaía sobre mí. Creí en conciencia que debía dirigirme al Superior General para expresarle las dificultades que encontraba en el trabajo que se me había encomendado.

El H. Agatón, Superior del Instituto, visitaba con frecuencia Maréville y siempre tuve su aliento y parabienes, así como del H. Lothaire, su secretario y del H. Juan María. La solución estaba decidida. El H. Maurilio, director de Nancy fue enviado para reemplazarme. En cuanto llegó para ocupar mi cargo, yo dejé todas las cosas y me retiré a otros locales distintos de la casa. Me dediqué a partir de ese momento a profundizar y al estudio de las ciencias. Era director de la Casa, como hemos dicho, el H. Juan María, que me ayudó muchísimo y supo mantener el orden, el fervor y la fraternidad entre todos.

Maréville era un lugar adecuado para que yo pudiera desarrollar y proyectar mis cualidades en el Escolasticado Superior, dirigido por el H. Jubino y compuesto por ocho Hermanos experimentados. Este Escolasticado Superior comenzó el año 1780. El H. Agatón, a imitación de lo que hizo La Salle en San Yon, pretendía se realizara allí lo mismo, así como en Marsella, Rossignolierie, Angers y después en Melun.

Pasé todo el invierno en Maréville puesto en las manos de Dios, y como un escolar más, me dediqué al estudio de las matemáticas. Solían venir de la provincia de Lorena para hacer sus retiros los Hermanos de las comunidades del Este. Esto favorecía al recogimiento y era como una corriente espiritual que a todos ayudaba. Me encontraba feliz y contento. Pero esta situación duró poco: tuve que dejar con

pena Maréville después de once años, pues el H. Agatón me envió en junio de 1781 al Escolasticado Superior de San Yon, con el fin de favorecerme en los estudios que llevaba. Era director del Escolasticado el H. Anthère, hombre de inteligencia clarividente, muy capaz y con un liderazgo extraordinario entre los jóvenes. Era un gran calígrafo, matemático, dibujante y pintor al pastel y en miniatura.

En el mes de marzo de 1782 pasó por Ruán el Hermano Superior y me sugirió me encargara de los principales cursos del Escolasticado Superior de Melun, que se acababa de fundar para los Hermanos del Distrito de París. Estos Escolasticados eran verdaderas “Escuelas Normales”, donde los Hermanos completaban su preparación personal y se iniciaban en el arte difícil de la educación. La “*Guía de las Escuelas*” era el libro base para la orientación que recibían. Otro medio de formación pedagógica era el libro-comentario que el H. Agatón escribió sobre la “*Explicación de las doce virtudes del buen maestro*”.

La ciudad de Melun se encuentra a cuarenta kilómetros al sudeste de París, en un meandro del Sena, entre las comarcas de Brie y Gâtinais. Se organiza en tres partes: la orilla meridional del Sena asciende suavemente hacia el bosque de Fontainebleau; la orilla septentrional asciende más bruscamente hacia Brie; en el río se extiende la isla de Saint-Étienne, donde se ubica también un penal de largo cumplimiento.

Labieno, lugarteniente de Julio César y autor de un informe citado en la “*Guerra de las Galias*”, situaba en las islas de Melun una aldea gala. En la época romana aparece Metlosedum o Melodunum. Está situada en un cruce de rutas terrestres y fluviales.

En el siglo VI ya se la conoce por su nombre actual. El transporte por sirga (barcazas arrastradas por bestias), mencionado ya en 1178, constituyó el principal medio de transporte de personas y cosas. Por esta ruta, el trayecto a París duraba doce horas. Los normandos la saquearon a fines del siglo IX.

En 1420 fue sitiada por los ingleses, que la rindieron por hambre. Aquí ganó la ciudad su divisa: “*Fida muris usque ad mures*” (“*Fieles en los muros hasta las ratas*”), ya que hasta los roedores hubieron de comerse los defensores de la plaza.

En el siglo X los Capetos construyeron un castillo –iniciado por Roberto el Piadoso– que les servirá ocasionalmente de residencia hasta el Renacimiento. Su desmantelamiento se inició en 1696, para servir a la restauración del puente sobre el Sena. Pasó a propiedad municipal en 1737. El priorato de Saint-Saveur se estableció a inicios del siglo XI. En los siglos del XIV al XVI se establecieron cinco monasterios en la ciudad.

El papel de Melun en el aprovisionamiento de harina a París se desarrollará desde la Edad Media, así como su función de sede administrativa. Para la fabricación de harina se usaban molinos flotantes, barcos de fondo plano adaptados a la tarea. Otros molinos, fijos e instalados en las orillas o en los puentes, se dedicaban a lavaderos, pero fueron desapareciendo por entorpecer el tráfico.

Al hablar el historiador del Instituto George Rigault sobre los Hermanos en Melun, recuerda:

«Adosada a las antiguas murallas de Melun, la casa del Santísimo Niño Jesús, donde reside el Superior General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, dibuja, en 1789, su austera e imponente silueta detrás de la calle San Ambrosio y cerca de la Iglesia con esa advocación. Rodeada por grandes jardines, allí corre el aire puro. Se respira la paz del campo, la paz de los monasterios. Las campanas de la parroquia, las campanas de la comunidad, las de las religiosas de la Visitación, algo más lejanas, acompañan los días, al ritmo de las horas de los oficios, de la oración y los estudios. A unas cuantas toesas, hacia el norte, la calle desemboca en el puente sobre el Sena: sus aguas susurran como una tela de seda, al paso de las barcazas; forman, rodeando la isla, un cinturón de gracia y de silencio para Nuestra Señora, santuario cargado de siglos. Un río a la vez activo y pacífico; masas armoniosas de verdor en las alturas; finas hileras de árboles en el valle; sobre la orilla derecha, la mayor parte de la ciudad, de acuerdo con este paisaje de Francia, casas sólidas, techos apretujados gobernados por San Aspais con elegantes bóvedas, resplandecientes vidrieras.

Hace poco más de ocho años que Melun se convirtió en la casa central de la congregación fundada por el Sr. de La Salle. Un folleto, impreso siguiendo las indicaciones del H. Agathon en 1790 (pero cuyo testimonio guarda todo su valor si desde ahora queremos aprovecharlo) pretende ofrecer una idea general de este Instituto.

Al amparo de esa legalidad, ha adquirido inmuebles, construido edificios nuevos. En cuanto a Maréville, su gran casa lorena, constatamos que está dedicada, casi exclusivamente, a la atención de los “libertinos” de toda clase y a los locos.

Estas obras accesorias, destinadas a proporcionar recursos al gobierno central de la Congregación, a sus novicios y escolásticos, a sus ancianos, a sus enfermos, no lograrían apartar a nuestros religiosos de lo que con toda razón consideran como el fin propio de su Instituto: “Tener las escuelas gratuitas bajo la autoridad de los obispos y la inspección de los curas y de las municipalidades”. Las fundaciones que permiten mantener las escuelas y alimentar a los maestros no pertenecen al Instituto. Y la regla, muy estricta, de la gratuidad prohíbe a los Hermanos recibir nada de los padres de sus alumnos.

No obstante, mediante donaciones o legados, o por medio de ahorros pacientemente realizados, la Congregación se ha asegurado la propiedad de algunas casas de residencia, a las cuales se anexan las clases, los Hermanos “tienen la administración y el usufructo” de inmuebles destinados a las escuelas de caridad. Recordemos por último que las cajas de los pensionados pagaron los gastos de adquisición y de acondicionamiento de la casa central de Melun.

No, el dinero no se ha acumulado en absoluto. En los tres Noviciados abiertos, ochenta novicios, aproximadamente, están a cargo de los Superiores; (los demás,

que pagan pensión no van más allá de una treintena). Y los escolásticos, durante los meses en los que “se dedican únicamente a formarse en las virtudes de su estado y a adquirir, con buenos maestros, los talentos que convienen a su profesión”, no tienen otro medio de subsistencia más que el fondo común. No está prevista ninguna subvención, en los presupuestos de la vieja Francia, para las escuelas normales de profesores. Por lo tanto se puede “considerar” que los Hermanos hacen “un enorme obsequio a la Nación”, al prepararle, “todos los años, más de cien maestros para la instrucción de la juventud pobre”».

**** Da la impresión que los Superiores te consideraban muchísimo, sobre todo el H. Agatón. ¿Cuál era la razón?***

Nunca aspiré a ningún cargo, sino todo lo contrario. Me hubiera gustado **N**mantenerme desapercibido, pero no fue así. Cuando dejé San Yon, el Superior me indicó le acompañara para visitar las comunidades del Norte. Tuve que pasar por Boulogne donde permanecí unos días con mi familia. Mi padre se llevó una alegría inmensa. Pronto regresé a Melun, en la primera quincena de agosto de 1782.

Los Hermanos habían llegado a esta villa en 1774 y establecieron una escuelita, en unas dependencias del Hospital de San Nicolás, situado en una especie de ruinas del convento de las Ursulinas. Hubo demasiados jaleos respecto al monasterio. El rey lo había suprimido en 1772 y donado al Hospital de San Nicolás, a condición de pagar una renta anual de 600 libras a los Hermanos o a otros que el alcalde y los magistrados decidieran.

Ya el Superior, H. Florencio, buscaba una residencia para trasladar allí el Gobierno del Instituto, pues resultaba pequeño el espacio de la Casa del Espíritu Santo, en París, donde se encontraba desde 1771. Era el momento en el que el ayuntamiento negociaba la fundación de la escuela que deseaba el rey. El Cardenal Albert de Luynes autorizó a vender el monasterio y se lo ofreció a los Hermanos.

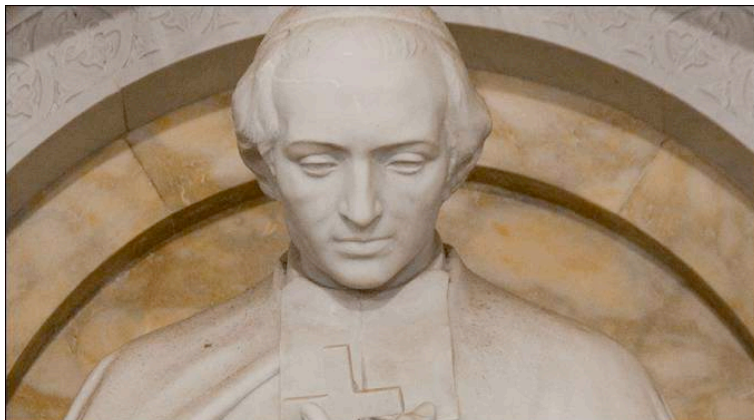
La casa estaba situada en la calle San Ambrosio. Era una propiedad extensa, de aspecto austero y sin ninguna decoración externa. Lugar idóneo para el recogimiento, la oración y el trabajo. Allí se emplazó el Gobierno General de la Congregación y se alojó el Escolasticado. Entonces fue cuando yo llegué y me junté con gente conocida que me acogió con los brazos abiertos. Era director de la Comunidad el H. Lupicin, que me había recibido antes en Maréville; el coordinador de los cursos del Escolasticado era el H. Vicente Ferrer, quien guió en Rennes mis primeros pasos, cuando comencé el ministerio; el H. Lothaire, mi mejor amigo y que me conocía muy bien, vivía al lado del Superior General H. Agatón, que me tenía en mucha consideración.

No puedo decir que los Superiores no se fijaran en mí, pero yo no hice nada raro para ello. Serví lo mejor que pude y me encontré en Melun rodeado de gente que me apreciaba y conocía.

En los primeros años de mi estancia en Melun, tengo que decir, la fuente de energía de la que me alimentaba interiormente fue el pensamiento en mi hermano Aquiles, que murió y entristeció mi corazón. Otra cuestión que intervino en mi vida espiritual durante este tiempo fue el recuerdo de Benito José Labre, reconocido como un santo pobre y a quien la gente acudía para pedir su intercesión ante Dios por alguna necesidad. Había pertenecido a la diócesis de Boulogne y por tanto, coterráneo mío, a quien tenía devoción.

El Escolasticado al que fui enviado estaba integrado por unos quince o veinte jóvenes Hermanos con muchas ganas de aprovechar. Estaban animados en su formación integral por el H. Agatón. El grupo de profesores había sido escogido por el Superior como maestros experimentados. Quería que los Hermanos estuvieran muy bien formados y no evitó medios para conseguirlo. El decano era el H. Vicente Ferrer, hombre erudito y de gran talento. Entre todos ellos supe ocupar el lugar que me correspondía. Procuraba irradiar alegría, amabilidad y discreción. Daba las opiniones con el mayor equilibrio posible. Enseñaba las materias que tenía preparadas y pienso que mis alumnos sabían apreciar mis esfuerzos.

Reconozco que el H. Agatón me apreciaba. En 1784 me escogió para que le acompañara en la visita a las Comunidades. Era para mí una especie de satisfacción el sentirme reconocido por el Superior. En aquella ocasión, unas fiebres intensas me retuvieron durante dos meses en la enfermería. Allí ejercí la virtud de la paciencia y adoré en todo la voluntad de Dios para conmigo. El invierno de aquel año fue durísimo. El frío arreciaba con fuerza y la nieve cubrió durante más de dos meses la tierra. En viajes sucesivos fui de acompañante del Hermano Superior, de quien puedo decir que no me separé de su lado.



** ¿Esperabas en 1787 la elección que te hicieron como Diputado para el Capítulo General que convocó el H. Agatón? ¿Con qué personas conocidas te encontraste en el Capítulo?*

Efectivamente, el H. Superior convocó el Capítulo General para el mes de mayo de 1787. La Asamblea Capitular tenía que constar de treinta miembros elegidos. Quince debían ser directores de las casas más importantes y los otros quince elegidos entre los Hermanos que tuvieran quince años o más de Profesión. Yo fui elegido, porque reunía las condiciones que el Superior señalaba para ser electo.

El 4 de mayo se tuvo la primera sesión capitular. Allí me encontré con grandes amigos, maestros y con personas con quienes había convivido e intercambiado fraternidad. Por ejemplo, el H. Serapión, que fue mi ángel en el Noviciado; el H. Leandro, que me conoció siendo niño, fue mi profesor y me acompañó en mi ingreso al Noviciado; los HH. Vicente Ferrer, Sylvestre, Lupicin, que habían sido mis directores en Rennes, Ruán y Maréville. Los lazos afectivos me unían también a otros miembros como el H. Nicolás, director de la casa del Santo Espíritu; el H. Juan María, todavía director de Maréville y el H. Lothaire.

El hecho de que me conocieran tantos Hermanos posibilitó el que me escogieran como Secretario del Capítulo. Con diligencia, puse a punto las decisiones tomadas, así como las resoluciones y deliberaciones del Capítulo. Tuve una parte muy activa en la redacción de los acuerdos que se tomaron en las deliberaciones. La recopilación de 74 puntos, resumía y completaba todas las reglas dilucidadas por Capítulos anteriores.

Al terminarse el Capítulo, cumplí modestamente con lo encomendado y el Hermano Superior me tomó como Secretario personal y del Instituto. Por aquella época no existía en la Congregación el cargo de Secretario General. Se lo repartían entre el Procurador del Instituto y el secretario del Superior. El cargo que se me encomendó era nuevo y con bastantes responsabilidades. Lo consideré como un servicio más y un deber para con Dios y la Institución. No quise que mi familia se enterara, por lo que no se lo comuniqué, así como mi participación en el Capítulo General. Sí que comuniqué la elección del H. Lothaire como Asistente e hice de él una apología, por sus virtudes y cualidades.

Vuelvo a decir que me sentía profundamente honrado al ver la confianza que en mí depositaban los Superiores. Fue el H. Lothaire quien comunicó a mi familia los cargos que había recibido y de la estima que gozaba. Cuando mi hermana Rosalía, enterada de mis ocupaciones, me escribió con las señas de: "*Al H. Salomón, Secretario del Superior General*", no me agradó y le contesté que tanto los títulos como las apreciaciones de los hombres nos dejan tales cuales somos ante Dios y ante nuestra conciencia. Por eso, no era ni más ni menos que antes, y lo que más

sentía era no ser santo. Le aconsejé que si me volvía a escribir, pusiera las siguientes señas: «Al H. Salomón, de las Escuelas Cristianas». Hoy desempeño el cargo de Secretario del Superior General, y quién te ha dicho que mañana no seré portero, cocinero u otro empleo. Entonces ¿pondrías eso en la dirección de tus cartas? No veas en mí sino al H. Salomón a quien debes querer mucho y por quien debes rezar para que Dios me conceda la gracia de cumplir bien lo que se me ha encomendado y me conserve siempre humilde de espíritu y de corazón».

Con ese espíritu seguí ocupándome en las tareas propias del Hermano Secretario. Nunca me faltó trabajo. Escribía al dictado del Hermano Superior los acontecimientos diarios, contrastaba documentos, estudiaba con detenimiento las cuestiones difíciles que se presentaban, analizaba asuntos administrativos y colaboraba en los libros de texto que por entonces publicaba el H. Agatón, así como en la redacción de las noticias necrológicas.

Era la época, como he dicho antes, en la que el H. Agatón trataba de asentar obras del Instituto en Honfleur, Bayeux y la del internado de Charlemagne, en Carcasona. Entonces, me encargué de adquirir libros para los Hermanos, así como la preparación de otros para ser publicados: un tratado de aritmética para alumnos del internado de las escuelas cristianas y un compendio de gramática francesa.

Me fue fácil, para revisar los libros de matemáticas y de francés, el hecho de la preparación que había recibido en estas materias en Melun y Maréville. Preparé trabajos interesantes y prácticos en estas materias. Revisaba con la venia y el consejo del Hermano Superior los manuscritos que poseía el Instituto y que eran obra de equipo de muchos Hermanos, como los HH. Maur y Alberic para la aritmética; los HH. Vicente Ferrer, Oliver y Fulgence para la gramática. Eran libros muy útiles e instrumentos preciosos para uso de los Hermanos.

** Como tu compenetración con el H. Agatón, Superior General, era tan evidente, sí que estaría bien nos dieras alguno de los rasgos que le caracterizaban.*

Comenzaré diciéndote que me sentí muy apoyado por él, siendo Superior General. Se llamaba Joseph Gonlieux y había nacido en Longueval en 1731. Entró en el Instituto en 1747 cuando tenía dieciséis años. De inteligencia clarividente, de espíritu delicado y rico, progresó rápidamente en el estudio de las ciencias, lo que le llevó a realizar un trabajo apasionado y con cierto desahogo. Obtuvo éxitos en la escuela de Brest, donde explicó matemáticas; en la escuela de Vannes, donde enseñó hidrografía; y en el internado de San Yon, donde pronto fue director. Fue entonces cuando se inició en los asuntos de la administración, terminando este trabajo en la Providencia de San José, de Angers, donde logró una transformación y cambio radical.

El H. Florencio, Superior General convocó el Capítulo el año 1777. En él, presentó su dimisión como Superior. Siendo presidente del Capítulo el H. Agatón, fue elegido Superior General. Tenía 46 años. Después de haber recorrido las comunidades ya indicadas con bastante solvencia, era junto a los demás capitulares el más indicado para ocupar el puesto que se le designó. El Capítulo hubo de reemplazar a los Asistentes dimisionarios Anaclet y Exupère por los HH. Paschal y Sylvestre; además se eligió otro Asistente, el H. Zachée.

Como ya indicamos en otro lugar, el H. Agatón convocó el Capítulo General para el mes de mayo de 1787, en Melun. El H. Philippe, Procurador General del Instituto redactó una Memoria con aquellas cuestiones que para él debían ser tratadas en el Capítulo. De los Asistentes, sólo dimitió el H. Zachée siendo reemplazado por el H. Lothaire, entonces Secretario del Superior y que fue reemplazado por mí.

Hombre de talla excepcional, bien podemos decir que los Capítulos de 1777 y de 1787 fueron enteramente obra suya, y el mejor monumento del Instituto en el siglo XVIII. Puedo decir también que los dirigió con firmeza y decisión y con una visión clara en el trabajo encomendado. Trasladó la Casa Generalicia a Melun, donde se llevó el Noviciado de San Yon y donde floreció la primera "Academia", o Escolasticado en ciernes.

Creo que con el H. Agatón se abrió la "tercera generación", después de La Salle. Su gran preocupación se centró en la formación de los Hermanos. Se establecieron entonces los Escolasticados y otros estudios para después de la profesión perpetua, que se hicieron realidad casi después del Noviciado. Otra de sus grandes preocupaciones se orientó hacia el buen gobierno de las comunidades. Se redactó la que vendría a ser considerada como primera "*Regla de Gobierno*" completa.

Para perfeccionar la formación de los maestros abrió los Escolasticados de Marsella, Maréville, Angers y Melun y puso en manos de los maestros la "*Guía de las Escuelas*", de la que publicó una nueva edición revisada, excluyendo las reglas referentes a los castigos corporales. Escribió la "*Explicación de las doce virtudes del buen maestro*": gravedad, silencio, humildad, prudencia, sabiduría, paciencia, mesura, mansedumbre, celo, vigilancia, piedad y generosidad. Y como hemos dicho, publicó también una edición refundida de la "*Regla del Gobierno*". Durante su mandato aparecieron obras didácticas y Manuales escolares de gran valor pedagógico.

Su solicitud por los progresos de la enseñanza le inspiró una iniciativa que había de tener importantes consecuencias: la publicación de un "*Tratado de aritmética*" y un "*Compendio de gramática francesa*", excelentes manuales escolares, que fueron los dos primeros libros editados por el Instituto.

Obtuvo de Luis XVI el reconocimiento legal de la Congregación en la instancia del Parlamento de Toulouse; amplió los centros de Maréville, Troyes, Nayon,

Carcasona, Bolléne, Aviñón, Nimes; fundó los de Arras, Sangres, Commercy, Montdidier, Aurillac y Tours. Tuvo visión de futuro y preparó el proceso de beatificación del Fundador; reunió todos los documentos apropiados para demostrar las virtudes y los milagros del siervo de Dios y ordenó se conservara y guardara todo lo que La Salle había poseído en vida. Obligó a que en cada casa hubiera registros donde se anotaran todos aquellos acontecimientos que se producían, los hechos interesantes, así como sus proyectos, programaciones y trabajos.

Defendió contra los ayuntamientos de Bolonia y de Toulon el principio esencial y fundamental de la gratuidad de las escuelas, asegurando a los Hermanos de Ruán el pan cotidiano que se les negaba por parte de los administradores del Hospital general, estableciendo las condiciones esenciales para futuras fundaciones.

En 1791, con los acontecimientos de la Revolución, se instaló en París. Cuando yo fui arrestado en agosto de 1792, el Hermano Superior se encontraba en Melun.

Antes de ser encarcelado se ocupó de los Hermanos y de los intereses generales del Instituto. Escribió muchas circulares y en sus cartas exhortaba a los Hermanos para que permanecieran fieles a su vocación y mientras las circunstancias se lo permitieran, abrieran escuelas. Sólo se conocen seis de sus cartas de esta última época.

Legisló sobre la esmerada formación religiosa y profesional del personal docente del Instituto.

En el momento en que estalló la Revolución, contaba el Instituto con 127 casas, 1.000 Hermanos y 36.000 alumnos. Los seis últimos años de su Generalato coincidieron con las trágicas perturbaciones de la Revolución.

** ¿Podías resumirnos la situación política y social de esa época y sobre todo hablarnos de la Revolución en Francia?*

El año 1789 se iniciaba con un invierno riguroso, y como la cosecha del año anterior no había sido buena, la miseria campaba por sus fueros; el pan era buscado con desesperación y una extrema indigencia soliviantaba de un lugar a otro a las masas hambrientas.

La turbación de los espíritus se añadía al malestar que creaba la carestía. Francia había sido invadida por agitaciones diversas ante el anuncio real de la convocatoria de Estados Generales. Tras una alegría evidente, de esperanzas generosas, de quejas fundadas y tranquilas, se insinuaban pretensiones temerarias, advertencias sin respeto y sin medida que indicaban y daban la impresión de un peligro posible y hacían sospechar en acontecimientos peligrosos.

Te remito a Wikipedia, para explicar en qué consistían los **Estados Generales** y demás estamentos de la época:

«Los Estados Generales estaban formados por los representantes de cada estamento. Estos estaban separados a la hora de deliberar, y tenían sólo un voto por estamento. La convocatoria de 1789 fue un motivo de preocupación para la oposición, por cuanto existía la creencia de que no era otra cosa que un intento, por parte de la monarquía, de manipular la asamblea a su antojo. La cuestión que se planteaba era importante. Estaba en juego la idea de soberanía nacional, es decir, admitir que el conjunto de los diputados de los Estados Generales representaba la voluntad de la nación.»

El tercer impacto de los Estados Generales fue de gran tumulto político, particularmente por la determinación del sistema de votación. El Parlamento de París propuso que se mantuviera el sistema de votación que se había usado en 1614, si bien los magistrados no estaban muy seguros acerca de cuál había sido en realidad tal sistema. Sí se sabía, en cambio, que en dicha asamblea habían estado representados (con el mismo número de miembros) la nobleza (Primer Estado), el clero (Segundo Estado) y la burguesía (Tercer Estado). Inmediatamente, un grupo de liberales parisinos denominado "Comité de los Treinta", compuesto principalmente por gente de la nobleza, comenzó a protestar y agitar, reclamando que se duplicara el número de asambleístas con derecho a voto del Tercer Estado (es decir, los "Comunes"). El gobierno aceptó esta propuesta, pero dejó a la Asamblea la labor

de determinar el derecho de voto. Este cabo suelto creó gran tumulto.

El rey Luis XVI y una parte de la nobleza no aceptaron la situación. Los miembros del Tercer Estamento se autoproclamaron “Asamblea Nacional”, y se comprometieron a escribir una constitución. Sectores de la aristocracia confiaban en que estos Estados Generales pudieran servir para recuperar parte del poder perdido, pero el contexto social ya no era el mismo que en 1614. Ahora existía una élite burguesa que tenía una serie de reivindicaciones e intereses que chocaban frontalmente con los de la nobleza (y también con los del pueblo, cosa que se demostraría en los años siguientes)».

Preguntarás qué era la Asamblea Nacional:

«Cuando finalmente los Estados Generales de Francia se reunieron en Versalles el 5 de mayo de 1789 y se originaron las disputas respecto al tema de las votaciones, los miembros del Tercer Estado debieron verificar sus propias credenciales, comenzando a hacerlo el 28 de mayo y finalizando el 17 de junio, cuando los miembros del Tercer Estado se declararon como únicos integrantes de la Asamblea Nacional: ésta no representaría a las clases pudientes sino al pueblo en sí. La primera medida de la Asamblea fue votar la «Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano». Si bien invitaron a los miembros del Primer y Segundo Estado a participar en esta asamblea, dejaron en claro sus intenciones de proceder incluso sin esta participación.

La monarquía, opuesta a la Asamblea, cerró las salas donde ésta se estaba reuniendo. Entonces los asambleístas se mudaron a un edificio cercano, donde la aristocracia acostumbraba a jugar el juego de la pelota, conocido como “Jeu de paume”. Allí es donde procedieron con lo que se conoce como el “Juramento del Juego de la Pelota” el 20 de junio de 1789, prometiendo no separarse hasta tanto dieran a Francia una nueva constitución. La mayoría de los representantes del bajo clero se unieron a la Asamblea, al igual que 47 miembros de la nobleza. Ya el 27 de junio, los representantes de la monarquía se dieron por vencidos, y por esa fecha el Rey mandó reunir grandes contingentes de tropas militares que comenzaron a llegar a París y Versalles. Los mensajes de apoyo a la Asamblea llovieron desde París y otras ciudades. El 9 de julio la Asamblea se nombró a sí misma “Asamblea Nacional Constituyente”, que permaneció de 1789 a 1791».

La “Toma de La Bastilla”:

«El 11 de julio de 1789, el rey Luis XVI, actuando bajo la influencia de los nobles conservadores al igual que la de su hermano, el Conde D'Artois, despidió al ministro Necker y ordenó la reconstrucción del Ministerio de Finanzas. Gran parte del pueblo de París interpretó esta medida como un auto-golpe de la realeza, y se lanzó a la calle en abierta rebelión. Algunos de los militares se mantuvieron neutrales, pero otros se unieron al pueblo.

El 14 de julio el pueblo de París respaldó en las calles a sus representantes y, ante el temor de que las tropas reales los detuvieran, asaltaron la fortaleza de La Bastilla, símbolo del absolutismo monárquico, pero también punto estratégico del plan de represión de Luis XVI, pues sus cañones apuntaban a los barrios obreros. Tras cuatro horas de combate, los insurgentes tomaron la prisión, matando a su gobernador, el Marqués Bernard de Launay. Si bien sólo cuatro presos fueron liberados, la Bastilla se convirtió en un potente símbolo de todo lo que resultaba despreciable en el Antiguo Régimen. Retornando al Ayuntamiento, la multitud acusó al alcalde Jacques de Flesselles de traición, quien recibió un balazo que lo mató. Su cabeza fue cortada y exhibida en la ciudad clavada en una pica, naciendo desde entonces la costumbre de pasear en una pica las cabezas de los decapitados, lo que se volvió muy común durante la Revolución».

El Gran Miedo y la abolición del feudalismo:

«La Revolución se fue extendiendo por ciudades y pueblos, creándose nuevos ayuntamientos que no reconocían otra autoridad que la Asamblea Nacional Constituyente. La insurrección motivada por el descontento popular siguió extendiéndose por toda Francia. En las áreas rurales, para protestar contra los privilegios señoriales, se llevaron a cabo actos de quema de títulos sobre servidumbres, derechos feudales y propiedad de tierras, y varios castillos y palacios fueron atacados. Esta insurrección agraria se conoce como “La Grande Peur” (“el Gran Miedo”).

La noche del 4 de agosto de 1789 la Asamblea Constituyente, actuando detrás de los nuevos acontecimientos, suprimió por ley las servidumbres personales (abolición del feudalismo), los diezmos y las justicias señoriales, instaurando la igualdad ante el impuesto, ante penas y en el acceso a cargos públicos. En cuestión de horas, los nobles y el clero perdieron sus privilegios. El curso de los acontecimientos estaba ya marcado, si bien la implantación del nuevo modelo no se hizo efectiva hasta 1793. El rey, junto con sus seguidores militares, retrocedió al menos por el momento. Lafayette tomó el mando de la Guardia Nacional de París y Jean-Sylvain Bailly, presidente de la Asamblea Nacional Constituyente, fue nombrado nuevo alcalde de París. El rey visitó París el 27 de julio y aceptó la escarapela tricolor.

Sin embargo, después de estos actos de violencia, los nobles, no muy seguros del rumbo que tomaría la reconciliación temporal entre el rey y el pueblo, comenzaron a salir del país, algunos con la intención de fomentar una guerra civil en Francia y de llevar a las naciones europeas a respaldar al rey. Éstos fueron conocidos como los “émigrés” (“emigrados”).

Pérdida de poder de la Iglesia:

«La revolución se enfrentó duramente con la Iglesia católica que pasó a depender del Estado. En 1790 se eliminó la autoridad de la Iglesia de imponer impuestos sobre las cosechas, se eliminaron también los privilegios del clero y se confiscaron

sus bienes. Bajo el Antiguo Régimen la Iglesia era el mayor terrateniente del país. Más tarde se promulgó una legislación que convirtió al clero en empleados del Estado. Estos fueron unos años de dura represión para el clero, siendo comunes la prisión y masacre de sacerdotes en toda Francia».

Composición de la Asamblea:

«En una Asamblea que se quería plural y cuyo propósito era la redacción de una constitución democrática, los 1.200 constituyentes representaban las diversas tendencias políticas del momento.

La derecha representaba a las antiguas clases privilegiadas. Sus oradores más brillantes eran el aristócrata Cazalès, en representación de la nobleza, y el abad Jean-Sifrein Maury, en representación del alto clero. Se oponían sistemáticamente a todo tipo de reformas y buscaban más sembrar discordia que proponer medidas.

En torno al antiguo ministro Jacques Necker se constituyó un partido moderado, poco numeroso, que abogaba por el establecimiento de un régimen parecido al británico: Jean Mounier, el Conde de Lally-Tollendal, el Conde de Clermont-Tonnerre y el Conde de Vyrieu, formaron un grupo denominado "Demócratas Realistas". Se les llamó más tarde "Partido monárquico".

El resto (y mayoría) de la Asamblea conformaba lo que se llamaba el "Partido de la nación". En él se dibujaban dos grandes tendencias sin que ninguna tuviera homogeneidad ideológica. Mirabeau, Lafayette y Bailly representaban la alta burguesía, mientras que el triunvirato compuesto por Barnave, Duport y Lameth encabezaba los que defendían las clases más populares; los tres procedían del Club Breton y eran portavoces de las sociedades populares y de los clubes. Representaban la franja más izquierdista de la Asamblea, dado que aún no se manifestaban los grupos radicales que iban a aparecer más adelante.

En ese primer periodo constituyente, los líderes indiscutibles de la Asamblea eran Mirabeau y el abad Sieyès.

El 27 de agosto de 1789 la Asamblea publicó la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano", inspirándose en parte en la "Declaración de Independencia" de los Estados Unidos y estableciendo el principio de libertad, igualdad y fraternidad. Dicha declaración establecía una declaración de principios que serían la base ineludible de la futura constitución».

Camino a la constitución:

«La Asamblea Nacional Constituyente no era sólo un órgano legislativo sino la encargada de redactar una nueva constitución. Algunos, como Necker, favorecían la creación de una asamblea bicameral en donde el senado sería escogido por la Corona entre los miembros propuestos por el pueblo. Los nobles, por su parte, favorecían un senado compuesto por miembros de la nobleza elegidos por los propios nobles. Prevalció, sin embargo, la tesis liberal de que la Asamblea tendría una sola cámara, quedando el rey sólo con el poder de veto, pudiendo posponer la ejecución de una ley, pero no su total eliminación.

El movimiento de los monárquicos para bloquear este sistema fue desmontado por el pueblo de París, compuesto fundamentalmente por mujeres (llamadas despectivamente "Las Furias"), que marcharon el 5 de octubre de 1789 sobre Versalles. Tras varios incidentes, el rey y su familia se vieron obligados a abandonar Versalles y se trasladaron al Palacio de las Tullerías en París».

Desde la Fiesta de la Federación hasta la Fuga de Varennes:

«Los electores habían escogido a los miembros de los Estados Generales por un periodo de un año, pero de acuerdo al "Juramento del Juego de la pelota", los miembros del Tercer Estado, también llamados los "comunes", acordaron no abandonar la Asamblea en tanto no se hubiera elaborado una constitución. Durante 1790 se produjeron movimientos antirrevolucionarios, pero sin éxito. En este periodo se intensificó la influencia de los "clubes" políticos entre los que destacaban los "Jacobinos" y los "Cordeliers". En agosto de 1790 existían 152 clubes jacobinos.

A principios de 1791 la Asamblea consideró introducir una legislación contra los franceses que emigraron durante la Revolución ("émigrés"). Se pretendía coartar la libertad de salir del país para fomentar desde el extranjero la creación de ejércitos contrarrevolucionarios, y evitar la fuga de capitales. Mirabeau se opuso rotundamente a esto. Sin embargo, el 2 de marzo de 1791 Mirabeau falleció, y la Asamblea adoptó esta draconiana medida.

El 20 de junio de 1791, Luis XVI, opuesto al curso que iba tomando la Revolución, huyó junto con su familia de Las Tullerías. Sin embargo, al día siguiente cometió la imprudencia de dejarse ver, fue arrestado en Varennes por un oficial del pueblo y devuelto a París escoltado por la guardia. A su regreso a París el pueblo se mantuvo en silencio, y tanto él como su esposa, María Antonieta, sus dos hijos (María Teresa y Luis-Carlos, futuro Luis XVII) y su hermana (Madame Elizabeth) permanecieron bajo custodia».

Últimos días de la Asamblea Constituyente:

«El 3 de septiembre de 1791 fue aprobada la primera Constitución de la historia de Francia. Una nueva organización judicial dio características temporales a todos los magistrados y total independencia de la Corona. Al rey sólo le quedó el poder ejecutivo y el derecho de vetar las leyes aprobadas por la Asamblea Legislativa. La asamblea, por su parte, eliminó todas las barreras comerciales y suprimió las antiguas corporaciones mercantiles y los gremios; en adelante, los individuos que quisieran desarrollar prácticas comerciales necesitarían una licencia, y se abolió el derecho a la huelga.

Aun cuando existía una fuerte corriente política que favorecía la monarquía constitucional, al final venció la tesis de mantener al rey como una figura decorativa. Jacques Pierre Brissot introdujo una petición insistiendo en que, a los ojos del pueblo, Luis XVI había sido depuesto por el hecho de su huida. Una inmensa multitud se congregó en el Campo de Marte para firmar dicha petición.

Georges Danton y Camille Desmoulins pronunciaron discursos exaltados. La Asamblea pidió a las autoridades municipales guardar el orden. Bajo el mando de La Fayette, la Guardia Nacional se enfrentó a la multitud. Al principio, tras recibir una oleada de piedras, los soldados respondieron disparando al aire; dado que la multitud no cedía, Lafayette ordenó disparar a los manifestantes, ocasionando más de 50 muertos.

Tras esta masacre, las autoridades cerraron varios clubes políticos, así como varios periódicos radicales como el que editaba Jean-Paul Marat. Danton se fugó a Inglaterra y Desmoulins y Marat permanecieron escondidos.

Mientras tanto, la Asamblea había redactado la Constitución y el rey había sido mantenido, aceptándola. El rey pronunció un discurso ante la Asamblea, que fue acogido con un fuerte aplauso. La Asamblea Constituyente cesó en sus funciones el 29 de septiembre de 1791».

La Asamblea Legislativa y la caída de la monarquía (1791-1792):

«Bajo la Constitución de 1791, Francia funcionaría como una monarquía constitucional. El rey tenía que compartir su poder con la Asamblea, pero todavía mantenía el poder de veto y la potestad de elegir a sus ministros.

La Asamblea Legislativa se reunió por primera vez el 1 de octubre de 1791. La componían 264 diputados situados a la derecha: "Feuillants" (dirigidos por Barnave, Duport y Lameth), y "Girondinos", portavoces republicanos de la gran burguesía. En el centro figuraban 345 diputados independientes, carentes de programa político definido. A la izquierda 136 diputados inscritos en el club de los Jacobinos o en el de los Cordeliers, que representaban al pueblo llano parisino a través de sus periódicos "L'Ami du Peuple" y "Le Père Duchesne", y con Marat y Hebert como portavoces. Pese a su importancia social y el apoyo popular y de la pequeña burguesía, en la Asamblea era escasa la influencia de la izquierda, pues la Asamblea estaba dominada por las ideas políticas que representaban los Girondinos. Mientras los Jacobinos tenían detrás a la gran masa de la pequeña burguesía, los Cordeliers contaban con el apoyo del pueblo llano, a través de las secciones parisienses.

Este gran número de diputados se reunía en los clubes, germen de los partidos políticos. El más célebre de entre éstos fue el partido de los Jacobinos, dominado por Robespierre. A la izquierda de este partido se encontraban los Cordeliers, quienes defendían el sufragio universal masculino (derecho de todos los hombres al voto a partir de una determinada edad).

Los Cordeliers querían la eliminación de la monarquía e instauración de la república. Estaban dirigidos por Jean-Paul Marat y Georges Danton, representando siempre al pueblo más humilde. El grupo de ideas más moderadas era el de los Girondinos, que defendían el sufragio censitario y propugnaban una monarquía constitucional descentralizada. También se encontraban aquellos que formaban parte de "el Pantano", o "el Llano", como eran llamados aquellos que no tenían

un voto propio, y que se iban por las proposiciones que más les convenían, ya vinieran de los jacobinos o de los girondinos.

En los primeros meses de funcionamiento de la Asamblea, el rey había vetado una ley que amenazaba con la condena a muerte a los émigrés, y otra que exigía al clero prestar juramento de lealtad al Estado. Desacuerdos de este tipo fueron los que llevaron más adelante a la crisis constitucional».

La “segunda Revolución”: Primera República francesa:

«El 10 de agosto de 1792, las masas asaltaron el Palacio de Las Tullerías, y la Asamblea Legislativa suspendió las funciones constitucionales del rey. La Asamblea acabó convocando elecciones con el objetivo de configurar (por sufragio universal) un nuevo parlamento que recibiría el nombre de Convención. Aumentaba la tensión política y social en Francia, así como la amenaza militar de las potencias europeas. El conflicto se planteaba así entre una monarquía constitucional francesa en camino de convertirse en una democracia republicana, y las monarquías europeas absolutas. El nuevo parlamento elegido ese año abolió la monarquía y proclamó la República. Creó también un nuevo calendario, según el cual el año 1792 se convertiría en el año 1 de su nueva era.

El gobierno pasó a depender de la Comuna insurreccional. Cuando la Comuna envió grupos de sicarios a las prisiones, asesinaron a 1.400 víctimas, y pidió a otras ciudades de Francia que hicieran lo mismo, la Asamblea no opuso resistencia. Esta situación persistió hasta el 20 de septiembre de 1792, en que se creó un nuevo cuerpo legislativo denominado Convención, que de hecho se convirtió en el nuevo gobierno de Francia».

*** ¿Cuál era la situación de la Iglesia Católica durante la Revolución?**

En el siglo XVIII, el noventa y cinco por ciento de la población francesa profesaba **E**la religión católica. Del resto, la mayoría eran hugonotes protestantes.

Aunque estos eran una minoría muy exigua, ocupaban ciertos puestos en los gobiernos locales. Además existía una pequeña población judía (40.000 seguidores), así como un muy pequeño número de musulmanes en una población total que rondaba los 27 millones de personas. Durante el Antiguo Régimen la autoridad del clero se había encontrado garantizada por su pertenencia al primer Estado. Las órdenes religiosas vinculadas a la Iglesia Católica era una las principales terratenientes del país y esta institución obtenía enormes beneficios a través del cobro de diezmos a sus siervos. Además la Iglesia católica tenía una hegemonía social y cultural indiscutible, puesto que era la encargada de registrar nacimientos, defunciones y matrimonios, además de ser la única institución que proveía educación primaria y secundaria y asistencia sanitaria en sus hospitales.

El programa de descristianización llevado a cabo contra el catolicismo – y eventualmente contra todas las formas religiosas cristianas– incluía:

- La confiscación de las tierras de la Iglesia que servirían como garantía seguridad para la nueva moneda revolucionaria, el asignado.
- Remoción de estatuas, altares y cualquier clase de iconografía de los lugares de culto.
- Destrucción de cruces, campanas y otros signos externos de culto.
- Institución de un credo revolucionario y cívico que incluía el “Culto a la Razón” y el subsiguiente “Culto al Ser Supremo”.
- La promulgación de una ley el 21 de octubre de 1793 condenando a muerte a todos los sacerdotes que no prestasen juramento de fidelidad al régimen.

El clímax de estas políticas se alcanzó el 10 de noviembre de 1793 con la celebración de un acto litúrgico adorando a la Razón deificada en la Catedral de Notre Dame.

La campaña de descristianización fue vista como una extensión lógica de las filosofías materialistas de los líderes de la Ilustración. Otros, en cambio, vieron el proceso como oportunidad para dar rienda suelta al resentimiento contra la Iglesia y el clero como sectores dominantes que habían sido durante el Antiguo Régimen.

En agosto de 1789 el Estado canceló el poder de la Iglesia para imponer impuestos. El tema de la propiedad religiosa de la tierra resultaría clave en las políticas del nuevo gobierno revolucionario. Se declaró que todas las tierras de la Iglesia en Francia pertenecían a la nación y debían ser confiscadas y subastadas. La Asamblea Nacional Constituyente publicó en julio de 1790 la *Constitución Civil del Clero*, que despojaba a los sacerdotes de sus derechos especiales. Los sacerdotes se convertían así en meros funcionarios estatales elegidos por su parroquia o arzobispado. El número de arzobispados fue reducido y se requirió a todos los sacerdotes y obispos jurar fidelidad al nuevo orden republicano, bajo la amenaza de destitución, deportación o guillotina.

Los sacerdotes franceses tenían que recibir además la aprobación papal para ejercer. Por esta razón Pío VI pasó casi ocho meses deliberando. El 13 de abril de 1791 el Papa terminó rechazando esta Constitución. De ello resultó una escisión en la Iglesia Católica francesa entre aquellos sacerdotes que según Pío VI habían abjurado de su religión (al haber jurado lealtad al Estado francés) y los que se mantenían fieles a Roma. Los primeros eran denominados como “clero constitucional” y los que habían rechazado el juramento fueron conocidos como “clero refractario”.

En septiembre de 1792 la Asamblea Legislativa legalizó el divorcio, que era y es contrario a la doctrina católica. Al mismo tiempo el Estado tomó el control de funciones hasta entonces encomendadas a la Iglesia, como el registro de nacimientos, defunciones y matrimonios. Se expandió la idea de que la Iglesia era una fuerza contrarrevolucionaria. Esto fue la causa del estallido de violentas

disputas entre los franceses.

Tras la aprobación de estas medidas por parte de la Asamblea Legislativa (sucesora de la Asamblea Nacional Constituyente), París vivió un caos de unas 48 horas. Tres obispos y más de doscientos sacerdotes fueron asesinados por la multitud enfurecida. Esto constituye parte de los sucesos que luego vinieron en llamarse “Masacres de septiembre”. Jean-Baptiste Carrier ordenó las ejecuciones de muchos de ellos por delitos de traición (noyades). También en Lyon Joseph Fouché y Collot d’Herbois acusó a sacerdotes y monjas de separatismo y ordenó diversas ejecuciones. Cientos de sacerdotes fueron encarcelados y torturados en el puerto de Rochefort.

Tanto la Asamblea Legislativa como su sucesora la Convención Nacional, así como muchos Consejos de departamentos en todo el país, aprobaron leyes contra la Iglesia. Muchas de las leyes de descristianización de 1793 tenían como objeto confiscar el oro y plata de la iglesia para financiar los esfuerzos de guerra. En noviembre de 1793 el Consejo departamental de Indre-et-Loire suprimió la palabra domingo, cuya etimología es “día del Señor”. Asimismo el calendario gregoriano –instituido por el papa Gregorio XIII en 1582– fue reemplazado por el calendario republicano. Éste abolía el sábado, los días de los santos, así como cualquier otra referencia a la Iglesia.

Se organizaron desfiles anticlericales y el arzobispo de París fue obligado a abandonar sus tareas y a reemplazar su mitra por el gorro frigio rojo que simbolizaba la República francesa. Se renombraron nombres de calles, plazas y lugares públicos con connotaciones religiosas. De esta forma las ciudades de Saint-Tropez y Montmartre pasaron a llamarse Héraclée y Mont-Marat respectivamente, entre otros muchos ejemplos. Se prohibieron las vacaciones religiosas y se reemplazaron con otras que celebraban la vendimia y otras fiestas no religiosas. Robespierre y sus seguidores decidieron suplantar tanto al catolicismo como a su incipiente rival, el Culto a la Razón, con una versión renovada de este último: el Culto al Ser Supremo. Solo seis semanas antes de su arresto el 8 de junio de 1794, el todavía poderoso Robespierre condujo personalmente una enorme procesión a través de París hacia el jardín de las Tullerías para inaugurar el nuevo culto.

La descristianización de Francia alcanzó su punto álgido a mediados de 1794, en los momentos previos a la caída de Robespierre. Tras su ejecución en 1795 se aprobó una ley legalizando el culto público, aunque con limitaciones estrictas, lo que suponía una cierta vuelta a la situación anterior, si bien el tañido de campanas, las procesiones religiosas y el despliegue de cruces católicas estaba todavía prohibido.

En 1799 todavía existían sacerdotes deportados realizando trabajos forzados o en prisión y perseguidos. La situación solo cambió cuando el General Louis Alexandre Berthier ocupó Roma y encarceló al Papa Pío VI, que moriría en cautividad en territorio francés en agosto de 1799. Finalmente Napoleón, entonces

figura ascendente en Francia, promovió negociaciones que llevaron al nuevo papa Pío VII a firmar con él el Concordato de 1801, que acabó formalmente con el período de descristianización y estableció unas normas claras de relación entre la Iglesia Católica y el Estado francés.

Entre 20.000 y 40.000 personas fueron asesinadas durante el reinado del Terror. Estimaciones indican que aproximadamente el 8 % de los condenados por tribunales revolucionarios eran aristócratas, el 6 % sacerdotes, el 14 % de la clase media, y el 70 % eran trabajadores o campesinos acusados de acaparar pan, evadir el reclutamiento, desertar, rebelión, y otras crímenes. De todos los grupos sociales, el clero de la Iglesia Católica sufrió proporcionalmente las mayores pérdidas.

El Concordato de 1801 duraría más de un siglo hasta ser derogado por el gobierno de la Tercera República, que estableció una política de laicidad el 11 de diciembre de 1905.

Bajo la amenaza de muerte, encarcelamiento, o servicio militar obligatorio en momentos de guerra o la pérdida de ingresos, alrededor de veinte mil sacerdotes constitucionales se vieron obligados a dimitir y entregar sus cartas de ordenación, y entre seis y nueve mil de ellos fueron obligados a casarse. Muchos abandonaron sus deberes pastorales por completo. Sin embargo, algunos de los que había abdicado continuaron oficiando secretamente.

A finales de la década, aproximadamente treinta mil sacerdotes se habían visto obligados a salir de Francia, y otros que no salieron fueron ejecutados. La mayoría de las parroquias francesas se quedaron sin sacerdote y privadas de sacramentos. Cualquier sacerdote no juramentado podía hacerlo frente a la guillotina o ser deportado a la Guayana Francesa. En la Pascua de 1794 solo algunas de las cuarenta mil iglesias de Francia permanecieron abiertas: muchas habían sido cerradas, vendidas, destruidas o convertidas a otros usos.

Las víctimas de la violencia revolucionaria, ya sea religiosa o no, fueron tratadas popularmente como mártires cristianos, y los lugares donde fueron asesinados, se convirtieron en meta de peregrinaciones. Se hicieron tremendamente comunes la catequesis en el hogar, la religión popular, y prácticas sincréticas y heterodoxas, razones por las cuales los efectos a largo plazo sobre la práctica religiosa en Francia fueron significativos. Muchas de las personas que abandonaron sus prácticas religiosas tradicionales no las reanudarían jamás. Se calcula que 20.000 clérigos abandonaron el sacerdocio y 5.000 se casaron al ver en el matrimonio una forma de no levantar sospechas con respecto a su fidelidad a las autoridades revolucionarias.

8. Años complicados para el Instituto

* *¿Cómo se abordó la situación del juramento constitucional por parte de los Hermanos?*

Con el régimen revolucionario establecido en Francia, todo lo relacionado con la religión tuvo que mantener una lucha continua, viéndose en peligro de ser abolida la Religión Católica y con ella las Ordenes religiosas. La Asamblea Constituyente comenzó suprimiendo, el 13 de febrero de 1790, los votos solemnes y respetando las asociaciones docentes.

El Superior del Instituto, H. Agatón, dio órdenes a sus Asistentes y a mí, como Secretario General, para que transitáramos por las Comunidades y diéramos todas las orientaciones pertinentes para apaciguar los ánimos. Tuve que pasar por las comunidades del Norte y del Oeste en el mes de mayo de 1790. Aconsejé a los Hermanos de Calais, Boulogne, Dieppe, Ruán, Caén, Nantes...

El Hermano Superior, ante la amenaza que se preveía a los Institutos docentes, se presentó ante la Asamblea Nacional para defender al Instituto contra los ataques revolucionarios y poner en evidencia todos los servicios que los Hermanos habían prestado a Francia. A estas quejas también se unieron los Hermanos de París y enviaron un documento a la Asamblea Nacional en la que pedían fuera respetada la Institución. Decía así:

«Señores: Como representantes de los sentimientos y disposiciones de nuestros cohermanos, nos atrevemos a exponer nuestras comunes inquietudes, nuestros más unánimes deseos y firmes esperanzas.

En medio del general trastorno de las órdenes religiosas, tememos graves perturbaciones en el régimen de nuestra corporación, y quizá la total supresión.

Alarmados por tan angustiosos rumores, nos perdonarán que les manifestemos cuán adictos estamos a un Instituto cuya utilidad es tan conocida de todos y con el cual se conforman, por lo demás, los decretos de ustedes, quienes tanto han hecho a favor de las clases populares.

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas forman en el reino una sociedad que cuenta con unos mil individuos repartidos en ciento diez y seis establecimientos».

Y añadían:

«Según esto, no habrá que extrañar el que hombres que han

sacrificado su libertad, su salud y hasta su misma existencia ciudadana por el bien general de la Patria y de la Religión, teman por la destrucción de su familia adoptiva.

Si, señores; juramos en nombre de nuestros hermanos que deseamos ardientemente acabar tranquilos nuestros días en el seno del Instituto y cumplir hasta la muerte, si fuere posible, nuestras funciones de educadores de los niños.

Por lo demás, señores, ¿no es más ventajoso para el mismo Estado la conservación de nuestra corporación que su destrucción?

En efecto, ¿dónde hallarían ustedes maestros más adictos a la causa pública para encargarse de la instrucción de la juventud desprovista de fortuna y cuidar de ella como nosotros la cuidamos, y eso por tan módicos emolumentos como recibimos de los Ayuntamientos?»

El H. Agatón también ratificaba otra solicitud en la que con términos enérgicos pedía la conservación de las Escuelas Cristianas. Se conserva una copia de su largo informe *“Idea general del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas”*, dirigido al municipio de París en abril de 1790, en el que concluye: *«Cabe, pues, creer, y los Hermanos se atreven a esperar que, si los legisladores de Francia se dignan considerar sus servicios como útiles a la nación, sabrán reconocer la necesidad de mantenerlos en su estado actual, desde todos los puntos de vista».*

Al principio, las instituciones dedicadas a la instrucción pública, fueron respetadas, hasta que el nuevo gobierno francés intervino con lo que conocemos por *Constitución civil del clero*. El gobierno, sin la intervención del Papa, exigía un juramento a religiosos y sacerdotes. La mayoría no aceptó tal vejación, rehusando el juramento. Esto conllevó persecución, destierro y más tarde torturas y muerte.

El Instituto se mantuvo fiel a Roma. El H. Agatón fue claro en las orientaciones enviadas a los Hermanos y a lo que debían atenerse. Todos fueron unánimes al espíritu del Fundador respecto a la doctrina y sumisión a la Santa Sede. Una vez votada la *Constitución Civil del Clero*, la situación de los Hermanos quedaba reflejada en lo que dejó escrito: *«Aunque nos han dejado bastante en paz hasta ahora, bien prevemos que, si la Revolución se sostiene, nos han de pedir el juramento, que no podemos prestar; y querrán obligarnos a enseñar una constitución que en consecuencia no podremos enseñar».*

Los Hermanos tuvieron problemas con aquellos párrocos que habían aceptado el juramento cismático. No llevaban a los alumnos a sus parroquias y ello conllevó cierto enfrentamiento. Estos párrocos denunciaban al poder civil lo que estaba ocurriendo y surgió el choque. La resistencia de los Hermanos originó protestas tumultuosas; grupos de alborotadores asaltaban las escuelas y obligaban a llevar a los niños a las iglesias de los párrocos que habían hecho el juramento civil. Esta situación obligó a irse retirando poco a poco a los Hermanos. Fue el principio de la dispersión del Instituto.

La escuela de San Roque fue cerrada porque –según el acta de los comisarios– *«hemos interrogado a los siete Hermanos para que nos dijese por qué no llevan a los niños a misa como lo hacían antes, y nos han contestado que, queriendo conservar tranquila su conciencia, han decidido unánimemente no llevarlos a los oficios religiosos celebrados por el párroco actual»*.

En la escuela de San Yon, se presentó una delegación del Consejo municipal con un gran despliegue militar, destinado a intimidar a los Hermanos. Recibidos por el H. Aventino, Director, le pidieron que jurara cumplir la *Constitución Civil*. Él respondió: *«Jamás haré tal juramento; mi conciencia me lo prohíbe y además yo no realizo ninguna función pública»*. Exigieron la presencia inmediata de los sesenta y dos Hermanos que integraban la comunidad. Llamaron a cada uno por su nombre y les obligaron a cumplir la Constitución. Todos, sin excepción, se negaron a hacer el juramento.

Con el H. Agatón previendo esta situación, salimos de Melun y nos establecimos en París. Multiplicamos multitud de informes escritos, que tuve que preparar, así como una serie de contactos personales con los políticos amigos. Fueron momentos de no parar de un lado para otro, desviándonos por salvar lo ya definitivamente perdido; incluso negociamos la fundación de algún establecimiento en Flandes.

En abril, me encargaron que condujera a la ciudad de San Dionisio al Hermano Superior, para evitar amenazas de que podía ser objeto. Yo escribía entonces: *«Tal vez no podamos presentarnos más en París con el hábito religioso, e interesa que nos disfracemos. Dios nos dé la gracia de padecer todo esto en prueba de nuestra adhesión a la fe y por su santo amor»*. Fue todo un problema para el Superior esta situación. Fui testigo de todo lo que pasaba. Tuvimos que tomar medidas excepcionales, como vender terrenos y casas para adquirir ropa y dinero que pudiera repartirse entre los Hermanos.

Las escuelas del Instituto se fueron cerrando y pesaba sobre la Congregación la amenaza de disolución. En la casa de San Sulpicio solo estábamos el H. Abraham y yo, custodiados por un grupo de alguaciles. Escribí entonces la siguiente nota:

«Paso la noche con otro Hermano en una habitación donde nos hemos juntado hasta cuarenta Hermanos. Ni que decir tiene que carecemos de todo ajuar: la comida nos la trae un cocinero que vive cerca de los Carmelitas; lo que sobra en la comida, nos sirve de cena». No perdí la paz ni la alegría ante lo que estaba viendo y viviendo. Escribí en aquella situación: *«Como hubiésemos encontrado en casa algunas provisiones de la Cuaresma, me animé a hacer de cocinero; mi compañero, menos diestro que yo, se conformaba con los alimentos que yo aderezaba. Este trabajo me ejercitaba, distraía y preparaba a contar conmigo mismo, si algún día me viese obligado a vivir solo en alguna gruta»*.

El H. Agatón enviaba circulares a los Hermanos para iluminar su conducta. En el mes de mayo, y cercana ya la fiesta de la Trinidad, día de renovación de los

votos, escribió una circular a los Hermanos, sin catastrofismos, pero sin disimulo, en la que expresaba una esperanza muy débil para el futuro. Pedía oración, generosidad y daba una serie de normas para la profesión, admitiendo que más de uno se retiraría, dadas las circunstancias: «*El Instituto no busca el número –decía– sino la calidad de sus miembros. Los que sigan fieles a sus deberes, estén seguros de perseverar*».

En octubre de 1791, el Superior se dirigió al Papa para solicitar un sistema expeditivo de dispensa de votos. Roma lo autorizó a que fueran los obispos legítimos de París quienes ejercieran esa desagradable función, cuando sobreviniera la situación. Al notificar el sistema no se omitió la exhortación a perseverar, e invitaba a cuantos siguieran célibes a unirse al Instituto en cuanto éste fuera restaurado.

** Llegó un momento en el que las dificultades fueron tan grandes que el Instituto fue suprimido. ¿Qué repercusiones tuvo este hecho?*

a Asamblea Nacional, desde
L1790, había votado leyes orientadas sobre cuestiones religiosas. El 12 de julio de 1790 admitió la *Constitución Civil del Clero*, que comenzó a ser aplicada a partir del comienzo de 1791.

Mientras se desarrollaban las consecuencias de la puesta en aplicación de la *Constitución del Clero*, la Asamblea que ya había suprimido las “Congregaciones laicales” de las que formaba parte el Instituto.

Por fin, el Consejo de Instrucción Pública presentó también a la Asamblea gubernativa la propuesta de la supresión de las Congregaciones docentes. A pesar de su enérgica defensa, el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas no pudo prevalecer e iba a pagar su oposición al juramento cismático y su fidelidad a la Iglesia. El 18 de agosto de aquel mismo año 1792, se decretó la supresión del Instituto y de otras Congregaciones docentes, que “*habían merecido plácemes de la patria*”, decía el decreto, pero que su “*insubordinación, fanatismo, intolerancia y despotismo monacal*” no permitían que se las conservase por más tiempo.



Esta legislación sectaria tuvo una influencia preponderante sobre la política francesa. Desde este momento, la persecución fue solemnemente impuesta, extendiéndose por toda Francia. No todos los Hermanos rechazaron el juramento a la *Constitución Civil del Clero*; por dudas personales, por influencia del clero juramentado, para asegurarse el *modus vivendi*, etc., un grupo abandonó el Instituto con las autorizaciones en regla. Vieron que la ley suprimiría la Congregación y se lanzaron a descubrir nuevos derroteros. Las circulares del H. Agatón suavizaron sus problemas de conciencia.

Hubo una dispersión. Para unos, exilio obligado; para otros, exilio voluntario, buscando la continuidad de su profesión y de su vocación. Un buen grupo huyó a Italia, y otro fue a Bélgica y a Suiza. Muchos acertaron permaneciendo en Francia y ejerciendo la misión de educadores cristianos. Hubo casos en los que la población entera se preocupó de que los “ex-Hermanos”, a falta de honorarios, fueran mantenidos por sus limosnas. Los demás, tuvieron que actuar por sí mismos, ya como maestros seculares de inspiración cristiana, ya como preceptores privados o regentando escuelas. Un buen grupo se las apañó con otras ocupaciones en las que el tema del “juramento” no entraba en juego. Otro ejemplo fue el del H. Vivien, que se dedicó a entablar contacto con otros Hermanos y a salvar todo lo que el Instituto conservaba del Fundador en cuanto a reliquias.

Los Hermanos resistieron lo que pudieron. En mayo de 1792 fueron expulsados de las escuelas y colegio de Marsella, pues no lograron que apostatasen. Los del Colegio de San Omer cerraron las puertas al obispo cismático y experimentaron el rigor de la ley. Los Hermanos de Mende fueron dispersados por no haber querido sustituir la enseñanza del Catecismo por la mal llamada Declaración de los derechos del hombre. En Laón fueron encarcelados; los de Vans denunciados porque distribuían una hoja titulada *“Máximas de la Iglesia católica, apostólica y romana, para uso de los fieles en tiempo de persecución”*. En Rennes, Chartres, Angers y en todas partes, resistieron de manera heroica.

Unos noventa Hermanos fueron encarcelados. Algunos de ellos murieron, como yo, por mantenerse fieles a Dios y obedientes a la autoridad de la Iglesia.

En esta lucha tuve que intervenir como Secretario General y seguí todas sus fases con detenimiento. Yo no podía renunciar al gozo de vivir y morir como Hermano de las Escuelas Cristianas. Eran muchos los peligros que me rodeaban y el hecho de la dispersión atenazaba mi espíritu. *«El tiempo –escribí– nos enseñará lo que convenga hacer; mientras tanto, obremos el bien que está a nuestro alcance»*.

Las últimas cartas del Hermano Superior a los políticos, casi desesperadas en el gesto, aunque serenas en la forma, se escribieron a principios de febrero. Mientras tanto numerosas escuelas de los Hermanos se fueron cerrando una tras otra. Se contaban todavía 116 a comienzos de 1792, de las que sólo 20 eran propiedad del Instituto.

** ¿Te diste cuenta de la situación personal antes y durante la persecución religiosa y de cómo iba a terminar?*

Al suprimirse el Instituto, el H. Agatón vivía en París creyéndose desconocido. Los Hermanos le escribían desde Italia pues querían fundar una comunidad. Las cartas fueron interceptadas y sirvieron como pretexto para apresarlos y acusarlos de tener relaciones prohibidas con los emigrantes. Los revolucionarios les obligaron a subir a una burra, de espaldas a la cabeza del animal, y lo pasearon por las calles. Lo cambiaron de prisión tres veces. En la cárcel de Luxemburgo lo dejaron incomunicado. Lo condenaron a muerte, pero la sentencia no fue ejecutada. Logró su libertad y fue cuando se trasladó a Melun y allí exigió una pensión para poder vivir. Tuvo que trasladarse después a Tours donde juntamente con otros dos Hermanos daba clase y desde allí escribió una carta el 23 de agosto de 1797 al H. Frumence, nombrado por el papa Vicario General. Los últimos datos del H. Agatón hacen referencia a su muerte el 16 de septiembre de 1798 en Tours.

Nunca pensé abandonar mi vocación de Hermano, aun sabiendo que al haber sido suprimido el Instituto podía vivir fuera con mayor seguridad y buena situación económica. Escribía a mi hermana una de las últimas cartas diciéndole que pensaba quedarme hasta que fuera imposible vivir juntos o hasta que nos separasen por la fuerza. Sentía la añoranza de no poder llevar el hábito y el día que cumplí 25 años de mi toma de hábito y 20 de mi profesión, le escribí diciendo: «*Que Dios me conceda la gracia de guardar los votos hasta la muerte, aunque sea obligado a vivir fuera de la comunidad*». No solicité la dispensa de los votos que el Papa concedía a quienes querían retirarse al estado seglar.

Los hechos se precipitaron. El 10 de agosto la autoridad real cesó por completo al ser conducido a la cárcel el propio rey Luis XVI. La Asamblea y el Consejo Municipal de París dieron el visto bueno para la formación de un grupo llamado la *Comuna de París* que poco a poco se adueñó de la nación. Sus cabecillas, enemigos de la religión, pusieron en ejecución leyes funestas que hasta entonces no habían tenido efecto. En el grupo figuraban Robespierre, Danton, Marat, Hébert D'Herbois, Tallen..., todos ellos escorados al lado de los que nos perseguían. La Comuna tenía como objetivo limpiar la nación de todos los reaccionarios. Tenían las listas de obispos, curas

y religiosos que no habían hecho su juramento civil. Todos ellos deberían ser conducidos al convento de los Carmelitas o a la casa de San Fermín convertidos en cárceles.

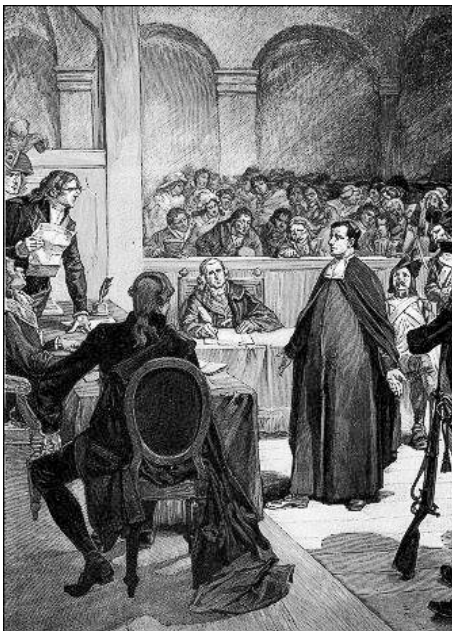
Fueron muchas las calumnias contra el clero “reaccionario”. El 11 de agosto se dio la señal de persecución y la caza comenzó inmediatamente. A través de las calles pasó un desfile casi ininterrumpido de sacerdotes llevados como malhechores en medio de gritos de una multitud que aplaudía.

En mi última carta, que escribí a mi hermana Bárbara, le decía entre otras cosas: *«Las tribulaciones que sufrimos aquí son pasajeras, pero la recompensa que esperamos será eterna. Reemplacemos con buenas lecturas, con oraciones y meditación los ejercicios religiosos que las circunstancias no nos permiten realizar... Dile a Rosalía que si tiene escritos que no estén en la línea de la Revolución, que los guarde con cuidado, pues podrían allanar las casas particulares, así como lo han hecho en las casas religiosas y de los sacerdotes... Si Dios lo permite, iré donde vosotras y mezclaré mis lágrimas con las vuestras. Pero no, ¿qué digo?, ¿por qué llorar si el Evangelio nos anima a alegrarnos cuando tengamos algo que sufrir en nombre suyo?»*

Suframos alegremente y agradezcamos las cruces y aflicciones que el Señor nos envíe. Yo no soy digno de sufrir; pues todavía no he experimentado ninguna molestia, mientras hay tantos que están confesando a Cristo en el dolor».

El día 15 de agosto de 1792 a las ocho de la tarde, unos cincuenta guardias me llevaron preso entre voces injuriosas y vejaciones sin sentido ante la sección de mi Distrito, que actuaba con poder de vida y muerte sobre todos los acusados. Allí tuve que responder a las dos preguntas de cuya contestación dependía mi libertad o prisión definitiva: *“¿Has prestado juramento? ¿Lo has retractado después de prestado?”*. El resultado fue mi inmediata reclusión en la iglesia de los Carmelitas, que hacía de cárcel de todos aquellos obispos y sacerdotes refractarios al juramento y al cisma.

Estuve encerrado quince días en aquel convento. Era en extremo lamentable pues no había nada preparado para recibir a tanto



preso. A medida que aumentaba el número de personas encarceladas, aumentaban también las dificultades y padecimientos, faltándonos víveres y hallándonos desprovistos hasta de los objetos más imprescindibles. Gracias a un vigilante, permitieron que los fieles llevaran al convento camas, ropa y alimentos. Dormíamos un tanto apretujados por falta de espacio, pero aceptábamos con resignación la injusticia cometida contra nosotros y elevábamos nuestro corazón a Dios para que nos diera fortaleza. No nos permitieron celebrar la Eucaristía, pero lo suplíamos con oraciones y conversaciones que hacían de nosotros personas seguidoras de la Verdad y dispuestas a lo que pudiera ocurrir.

Para evitar enfermedades contagiosas en aquel ambiente viciado de sudores, falta de higiene y mal olor, un médico pidió se nos concediese la posibilidad de pasear por el jardín. Así lo hicimos, una hora por la mañana y otra por la tarde. En estos ratos de paseo, solía colocarme ante una estatua de la Virgen situada en el jardín, pidiéndole fuerzas para sufrir con la mirada en su Hijo Jesús. Otros, leían la Biblia o platicaban entre ellos.. Conmigo estaba en este encierro el H. Abraham. Juntos hacíamos los ejercicios de comunidad y nos animábamos mutuamente a seguir adelante y a sufrir el martirio si era necesario por Jesucristo. Nos solía visitar un Hermano joven, el H. Amaranto, de excelentes dotes y virtudes, que vivía en París en una institución de sordomudos, a quienes asistía. Sólo nos dejaban hablar con él unos minutos y nos animaba porque pensaba que esa situación terminaría pronto. En el Carmen encontré a varios sacerdotes, amigos, como Monseñor Du Lau, arzobispo de Arles, algunos vicarios de San Sulpicio y otros que había conocido en diversas parroquias.

El 23 de agosto circuló por París el rumor de que los prusianos habían tomado a Longwy y se dirigían a Verdún. Esta noticia dada como un asunto patriótico, terminó por exacerbar al populacho, que se echó a la calle. Danton, uno de los jefes de la revolución, mandó hacer en la noche del 29 al 30 de agosto pesquisas por todo París que terminaron con el arresto de tres mil personas “sospechosas”.

Las cárceles rebosaban de presos y la Comuna o gobierno revolucionario, decidió en consejo secreto dar muerte a la mayoría. La Comuna llamó a todos los ciudadanos a tomar las armas, indicándoles por donde debían comenzar: *«Se tocará a rebato, no en señal de alarma, sino para el exterminio de los enemigos de la patria»*.

Las cárceles se trocarían en carnicerías humanas.

El 2 de septiembre, verdugos y guardias entraron en el convento y obligaron a todos para que salieran al jardín, como para el paseo ordinario. Se dispersaron por el jardín, vociferando y blasfemando, y empezó la matanza. Los asaltantes divididos en dos grupos, proseguían la degollina. Unos se precipitaban al jardín y los otros entraban en la iglesia, donde asesinaron bárbaramente y con crueldad inaudita a los que encontraban al paso. Entonces llegó Violet, jefe de aquella horda feroz, y mandó cesar el degüello. Nos encerraron a los que quedábamos en la antigua capilla, con el pretexto de darnos la libertad. Allí fuimos el H. Abraham y yo. Un

soldado de la guardia de Violet reconoció a Abraham y le dijo al oído: *“Tú has educado a mi hijo, no temas por tu vida, sígueme, que te voy a liberar”*, y dirigiéndose al comisario, añadió alzando la voz: *«Aquí tienes a un valiente y honrado ciudadano encarcelado por envidia, su conducta ha sido irreprochable y ha merecido los plácemes de la patria dando escuela»*. Y sin dar tiempo a que los asesinos replicaran, condujo al Hermano hasta la calle poniéndole en libertad.

El comisario Violet organizó pronto un simulacro de tribunal. Lo instaló a la entrada de la sacristía y preparó el registro con la lista de los presos supervivientes. Uno a uno nos fue preguntando si habíamos prestado el juramento. La respuesta de todos era “no”, y con ella firmábamos la sentencia de muerte. De este modo nos condujeron al suplicio unos 114 mártires que fuimos masacrados en menos de tres horas.

Cuando me tocó el turno a mí, respondí a la pregunta que hacían a todos y dije: *«Soy Hermano de las Escuelas cristianas, no he prestado el juramento prescrito porque soy católico, y como tal quiero morir»*. Me mandaron salir al corredor y al pie de la escalera que bajaba al jardín me degollaron. Estaba convencido que no podía renunciar a la fe que había recibido y de la que estaba convencido. Era preciso obedecer a Dios antes que a los hombres.

** Siempre se dijo de ti que fuiste un hermano sencillo. ¿Qué piensas sobre la declaración, como Santo, que te va a proclamar el Papa Francisco?*

Desde el primer momento de saberse nuestra muerte, todos los **D**católicos nos consideraron como mártires. No se comprendía la actitud de aquellos esbirros que sin ninguna autoridad y por ningún motivo habían dado muerte a tantos inocentes. Yo tenía cuarenta y siete años cuando me ofrecí a Dios como holocausto, al defender mi fe. Pienso fue Dios quien me dio las fuerzas suficientes para la prueba y que reconocí como un seguimiento valiente al Crucificado.

Mi hermana Rosalía recibió en Boulogne la noticia de mi muerte gloriosa. Sé que el sentimiento por la desaparición de su hermano tan querido, llenó de tristeza su corazón y aceptó con resignación la mala noticia. Estaba convencida de mi noble generosidad y de la hermosa del sacrificio llevado a cabo por la grandeza de mi fe. Mi otra hermana, la Señora Ricart, siempre guardó las cartas que le había dirigido en vida, como un tesoro. Creo que antes de su muerte ordenó: *“Conserven bien estas cartas, son las cartas de un santo”*.

La Revolución pasó. Al cabo de ciento treinta años, en 1901, el cardenal Richard, arzobispo de París, anunció la creación de un tribunal encargado de investigar las causas de nuestro martirio. En 1906 todo estaba concluido. Se mandó toda la documentación a Roma para que la analizaran. No se encontró ningún impedimento para que el Papa proclamara la heroicidad de nuestra vida.

En 1926, el Cardenal Arzobispo de París, Monseñor Dunois, anunciaba la cercana beatificación: *«Las masacres de septiembre de 1792 deben ser consideradas entre los episodios más sangrientos de la Revolución Francesa. Numerosas víctimas perecieron, prefiriendo la muerte al cisma. El relato de esas horas trágicas ha sido piadosamente conservado. Está vivo sobre todo el antiguo convento de los Carmelitas, donde se encuentra hoy día en Instituto Católico. Guardamos allí como reliquias las huellas visibles de las masacres y los huesos de los mártires»*.

«Fue el arzobispo Monseñor Darboy quien mandó preparar en 1867 la cripta de la iglesia para colocar allí los huesos de nuestros mártires. Unos cadáveres habían sido llevados sobre carretas al cementerio de Vaugirard al día siguiente del martirio, mientras que otros fueron arrojados a un pozo en el mismo convento de los Carmelitas. De allí fueron exhumados. La identificación de las víctimas no fue fácil de realizar».

«Es conveniente, pues, que Francia –e incluso la Iglesia entera– se una para celebrar el triunfo de estos obispos, sacerdotes y religiosos heroicos, dignos de tales honores. Su sangre fue derramada por la causa más santa: la firmeza de su fe y su fidelidad a la Iglesia».

El viernes 1 de octubre de 1926, el Papa Pío XI firmaba el Decreto sobre la Veracidad del Martirio y sus causas. Quedó señalado el domingo 17 de octubre de 1926 como el día para la tan esperada y deseada Beatificación de los Mártires de la Revolución. Éramos 191 los beatificados en esta ocasión.

Se dieron cita en Roma obispos, embajadores, sacerdotes, Hermanos e incluso parientes de algunos de nosotros. Se leyó el Documento firmado por el Papa que decía:

«Nunca se podrá deplorar suficientemente este negro y miserable flagelo del fin del siglo XVIII que, escondido bajo el mentiroso nombre de filosofía, pervirtió los espíritu, corrompió las costumbres y llenó a Francia de asesinatos y de ruinas. El alma está conmovida de horror al recordar estos inexpresables espectáculos de crueldad y barbarie que mostraron, durante la Revolución Francesa, hombres impíos y descontrolados, apenas dignos del



nombre de hombres: las iglesias assoladas; los signos sagrados de la religión católica profanados: obispos, sacerdotes y laicos inmolados arbitrariamente por haber rehusado pronunciar una fórmula de juramento decretada por la autoridad laica y abiertamente opuesta a los derechos de la Iglesia y a la libertad de conciencia, o por haberse mostrado menos cuidadosos hacia estas nuevas instituciones políticas».

El mismo día, el Papa publicó una Carta Apostólica interesantísima sobre los hechos acaecidos entonces. Entre las muchas ideas expresadas en la Carta, decía lo siguiente: *«Cuando se analizó el Martirio quedó en claro que la masacre de todas las personas, tanto de los tres obispos como de los ciento ochenta y ocho compañeros, había sido organizada por odio al nombre cristiano y que únicamente la fe había sido la causa. Se podía proceder en toda seguridad a la beatificación solemne de estos Siervos de Dios. [...] Es en razón de esto que permitimos que en adelante sean llamados Beatos los 191 Siervos de Dios muertos en París los días 2, 3 y 4 de septiembre de 1792».*

He hecho un resumen de todo lo relacionado con lo acaecido desde nuestra muerte hasta la proclamación del Papa de nuestra heroicidad. He de decirte que siempre pensé lo que La Salle nos decía a los Hermanos en la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz:

«Debemos asociarnos al gozo que muestra hoy la Iglesia al honrar este sagrado madero, y despertar en nosotros los sentimientos de San Pablo cuando decía que es menester gloriarse en la cruz de Jesucristo».

Es lo que yo siempre pensé sobre los santos. Recuerda que cuando yo era niño y mi madre me leía la vida de los santos, me parecía tan difícil llegar a serlo que le dije: *“Mamá, yo no quisiera ser Santo”*. Siempre acepté la cruz que se me presentaba a lo largo de la vida y sigo con La Salle: *«Hasta tenemos que poner nuestra gloria exclusivamente en ella, fijando los ojos en Jesucristo, que puso la suya y toda su felicidad en padecer y morir en la cruz, despreciando la vergüenza y la ignominia que le acompañaban”*.

Fui consciente, porque lo había meditado durante toda mi vida, con palabras de La Salle, que añadía: *«Cuando, pues, os acosen las aflicciones, uníos a Jesucristo paciente y, ya que os contáis entre sus miembros, amad la cruz. Esa unión y ese amor endulzarán vuestras penas, y os las tornarán mucho más tolerables»*.

** Después de tantos años pasados en el anonimato, ahora te van a declarar Santo. ¿Puedes explicarnos qué ha ocurrido para que la Iglesia reconozca tu intercesión ante Dios para la curación de una niña?*

Te voy a remitir a dos documentos que explican un poco lo acaecido. Uno, es enviado desde Venezuela en el que se aclara lo ocurrido; el otro, una Carta del Hermano Superior. Estoy sumamente contento por ello.

RELATO DEL MILAGRO PARA LA CANONIZACIÓN DEL H. SALOMÓN

Devoción al H. Salomón en la zona rural de El Hatillo:

El H. Salomón Leclercq (1742-1792) fue miembro del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (Hermano de La Salle) y murió martirizado el 2 de septiembre de 1792 durante la Revolución Francesa. Fue el primer mártir del Instituto. La devoción a este beato (17 de octubre de 1926) fue promovida en la zona rural del Hatillo por Don Rafael María Febres-Cordero Briceño, quien antes de hacerse sacerdote había sido Hermano de La Salle, y allí tuvo la oportunidad de conocer la historia del H. Salomón, tomándole gran cariño y devoción. Don Febres-Cordero llegó a la zona rural de El Hatillo entre 2002 y 2003 y allí construyó una hermosa ermita de piedra llamada “Ermita de la Eucaristía” en el sector Sabaneta del Cañaveral; la ermita está ubicada en una loma conocida como “Monte de la Cruz” porque en ese lugar los Padres Redentoristas plantaron una cruz misionera en 1947. Por esos días, Don Rafael hizo la petición a los Hermanos de La Salle para que le dieran la imagen del H. Salomón que estaba en la sacristía del Colegio “La

Colina”; éste era uno más de los numerosos pedidos hechos en años anteriores, a lo que los Hermanos, después de discernirlo, accedieron tomando en cuenta que la imagen iba para una zona de gente humilde y de fe sencilla.

La estatua del H. Salomón llegó a Sabaneta en el año 2004 y fue acogida desde el principio con mucho fervor y alegría; no tardaron en llegar los testimonios de favores y presuntos milagros atribuidos a la intercesión, ante Dios, del Beato H. Salomón, tales como picadas de alacrán, mordeduras de serpientes, multiplicación de alimentos, curación de tumores, o protección de niños desde el vientre materno, entre otros. Es de notar que la mayoría de los favores y milagros han sido prodigados a niños.

Milagro aceptado para la canonización del H. Salomón:

En el año 2003, ASOPROGAR, una asociación civil sin fines de lucro localizada en Caracas (Venezuela) y dedicada a la construcción y mantenimiento de casas hogares para niños, niñas y adolescentes en situación de peligro, riesgo o abandono, empezó a construir un conjunto de dos Casas-Hogar al lado de la Ermita de la Eucaristía en Sabaneta, llamadas “Santa María Goretti” la de niñas y “Beato Pier Giorgio Frassati” la de niños. Por sugerencia de Don Rafael Febres Cordero, el cuidado diario de los niños y niñas en estas casas fue confiado a las Hermanas de la Congregación Siervas del Santísimo Sacramento, congregación venezolana fundada en Caracas en 1896 y dedicada a la glorificación de la Eucaristía en las distintas obras de apostolado que realizan.

Cuando la imagen llegó a la ermita, Don Rafael Febres-Cordero pronunció una frase que hoy podemos afirmar que fue profética: *“H. Salomón, llegaste beato, y en este monte te harás santo”*. Luego, durante una misa los niños y la comunidad, oraron para pedir al Señor que el Beato Salomón fuera el protector de los niños y jóvenes de las casas y de toda la zona rural. Este pudiera ser el motivo que explicaría por qué la niña María Alejandra sobrevivió tantas horas después de la mordedura de la serpiente, sin haber recibido el antídoto, a lo que los médicos tampoco hallaron explicación.

La niña María Alejandra Hernández D’Agnese nació el 19 de junio de 2002; es una niña acogida en la Casa-Hogar “Santa María Goretti” perteneciente a ASOPROGAR. Ingresó en esta institución en diciembre de 2005 junto a sus tres hermanos por encontrarse su familia en situación de alto riesgo social.

El jueves 6 de septiembre de 2007 por la tarde, cuando contaba con 5 años de edad, María Alejandra jugaba con los demás niños alrededor de la casa y fue picada por un animal, pero ni ella ni los demás niños supieron explicar qué había pasado y sólo dijo que la había “picado un bicho”. Los cuidadores revisaron el área y no encontraron ningún animal. La marca que dejó el animalito en el tobillo izquierdo de la niña parecía una picada de un “bachaco trinitario”, insecto típico de la zona, cuya picada duele un poco pero sin pasar de ahí. Como el ambulatorio

médico del lugar estaba cerrado en ese momento, fue al día siguiente por la mañana, viernes 7 de septiembre, cuando se verificó que el pie estaba hinchado. Se llevó a la niña al ambulatorio cercano para recibir atención médica y se le suministró un antialérgico por vía intramuscular.

El 8 de septiembre por la mañana, al hacer la rutina de aseo personal a los niños, la Hermana Karina Rincones, Directora de la Casa-Hogar en aquel momento, se percató de que la niña tenía la pierna con muchos moratones y que podía verse también el recorrido de las venas con una coloración negra; inmediatamente fue trasladada a la Clínica Santa Sofía de Caracas, por las Hnas. Karina y Lilita López, que en ese momento era postulante. En el camino comenzó a sangrar por la nariz y por la encía. Providencialmente unos días antes, ASOPROGAR había hecho un convenio con esta clínica, motivo por el cual ingresaron a la niña inmediatamente, tratando de hacer los estudios pertinentes para poder determinar el tipo de animal que la había picado, ya que la marca que había dejado “el bicho” se prestaba a confusión. Estando en la emergencia de la clínica, María Alejandra seguía sangrando por la nariz y las encías.

Las enfermeras al tratar de tomar la muestra para hacer los estudios de sangre se les hacía muy difícil porque la sangre se coagulaba dentro de la jeringa; tenía los tiempos de coagulación alterados. Por fin se logró tomar una muestra y se pudo determinar que era el veneno de una serpiente lo que estaba causando tales daños. Ante la gravedad del caso, el médico de emergencias llamó a la médico pediatra de guardia, la Dra. Nerlandia Pérez Santaella, quien determinó que la causa de la enfermedad de la niña era por emponzoñamiento ofídico, pero no se sabía qué tipo de serpiente la había mordido, razón por la cual deciden aplicarle tratamiento con suero antiofídico polivalente. De la clínica se comunicaron con el Hospital Periférico de Coche “Dr. Leopoldo Terrero” uno de los pocos hospitales autorizado a suministrar y entregar el suero antiofídico. Los doctores de esa entidad, al saber el tiempo que la niña llevaba desde haber sido mordida por la serpiente (más de 48 horas), objetaron el envío de la dosis de suero que se estaba solicitando, pues debe ser suministrado durante las siguientes 6 horas al emponzoñamiento ofídico.

La Hna. Karina, al ver al doctor de la sala de emergencias notablemente preocupado, le pidió le explicara claramente lo que estaba pasando. El doctor le pidió que se sentara y luego de un suspiro y sin mirarla a los ojos le dijo: *«Lo que está pasando es que la niña se está muriendo, y será una muerte muy dolorosa pues le dará una pancreatitis, en caso de que sobreviva, porque aún no me explico por qué no ha muerto, por el tiempo transcurrido desde que fue mordida; parece que su cuerpo ha estado luchando con el veneno. Es muy probable que haya que amputarle la pierna».*

Fueron unos instantes de profundo terror. Ninguna de las dos opciones era deseada. Momentos después y sin esperarlo, se recibió otra llamada del Hospital Periférico de Coche, indicando que sí se podía ir a buscar el suero antiofídico. Se agilizan los trámites. La Hna. María de Fátima Vieira, actual Superiora General de

la Congregación, fue a buscar el suero. Fue ingresada en terapia intensiva y apenas llegó el suero se le empezó a suministrar la dosis máxima permitida. Los médicos informaron que había que mantenerla monitorizada y que cada 8 horas durante 48 horas había que realizarle estudios de sangre para ir comprobando su evolución.

La Hna. Karina enseguida llamó al Presidente de ASOPROGAR, Sr. Ricardo Pinza, a Don Rafael Febres Cordero, y a la Hna. María Clara Vieira, Secretaria General de la Congregación, para avisar lo que sucedía a la niña. Don Rafael Febres-Cordero estaba reunido en Consejo de Gobierno de la Asociación de Fieles Athletae Christi. Al recibir la llamada sobre la gravedad de la niña y la posibilidad del desenlace fatal. Don Rafael le dijo, en medio del llanto y con palabras entre cortadas: *"pídale a su H. Salomón"*. Es de notar que la Hna. Karina no le tenía devoción al H. Salomón; sin embargo, se apoyó en la fe y confianza que ella sabía, que tanto Don Rafael como la gente sencilla del lugar le tenían al H. Salomón.

A esta petición, Don Rafael mandó buscar a todos los niños de las Casas-Hogar y junto con los Atletas de Cristo presentes, se fueron a orar a la ermita. Frater Jhandy Caraballo, que era responsable de la Fraternidad Athletae Christi del lugar, se encargó de buscar y avisar a la gente de la zona rural, quienes acudieron de inmediato a la llamada, así pues todos en la Ermita de la Eucaristía, hincados y con una fe inquebrantable, con la humildad que les es característica a los pobres y con la inocencia propia de los niños, de rodillas y con los brazos en cruz frente a la imagen del H. Salomón, oraron por la vida de María Alejandra. Por otra parte, los miembros de ASOPROGAR pertenecientes algunos a los Cursillos de Cristiandad, también se unieron junto a sus familias para pedir la curación de la niña por intercesión del H. Salomón.

En cuanto a las Siervas del Santísimo, la Hna. Karina hizo una llamada a la Hna. María Clara Vieira, quien hasta hace poco había sido Superiora de la Casa-Hogar y recientemente había sido elegida como Secretaria General de la Congregación, pidiéndole que avisara a todas las Hermanas que rezaran por la salud de la niña por intercesión del H. Salomón, que es a quien le estaban pidiendo los niños. Así pues, la Hna. María Clara dio esta indicación a todas las Hermanas de la Congregación con la autorización de Madre Laura del Carmen Díaz, Superiora General de la Congregación en ese momento. Esto generó un movimiento espiritual. Se congregó una comunidad orante muy fuerte, para pedir a Dios que permitiera, por intercesión del Beato Mártir Hermano Salomón, que la niña María Alejandra se salvara y recuperara su salud.

Los niños de las Casas-Hogar, los Athletae Christi, los miembros de ASOPROGAR, la Congregación de Siervas del Santísimo Sacramento y la gente de la zona rural de El Hatillo, se unieron en oración por esta intención. Por su parte las Hermanas Karina y Liliana se turnaban para salir a llorar mientras la otra se quedaba con la niña que jugaba apaciblemente con un peluche en su mano mientras veía muñecos animados en la televisión.

Al equipo de médicos que estaban atendiendo a la niña, se incorporó el Dr. Jaime Torres Rojas, infectólogo especialista en enfermedades tropicales e infecciosas y Director para el momento del Instituto de Medicina Tropical de la Universidad Central de Venezuela. Algo que preocupaba mucho a los especialistas era la ausencia de pulso arterial en el tobillo izquierdo, por lo que decidieron solicitar un eco arterial, para determinar los daños circulatorios que pudiesen causar necrosis de tejidos.

La noche del 8 de septiembre del 2007, se le hizo una exploración doppler vascular en ambas piernas para determinar si había algún problema circulatorio que pudiese comprometer el miembro izquierdo causando necrosis de tejidos y riesgo de amputación. El resultado... ningún daño arterial. No es necesario amputar, fue la primera buena noticia... Pero aún quedaban los daños en la pierna y no se sabía con precisión si el veneno había afectado algunos órganos vitales que pudiesen comprometer la salud y vida de la niña. Paradójicamente la niña nunca se quejó de dolor; estaba tranquila y se fue notando en ella rápida mejoría. El sangrado se detuvo. La pierna comenzó a desinflamarse y volver a su color original. El resultado de los estudios que le hacían cada 8 horas no era alentador. Los valores en sangre estaban muy por debajo de los normales y no concordaban con la mejoría externa que se evidenciaba en la niña.

Las oraciones continuaron. Los médicos informaron que al tomar la última muestra en sangre del 9 de septiembre y ver los resultados tomarían la decisión de aplicar otra dosis de suero antiofídico. Después de tomar la muestra, le dijeron a la Hna. Karina que si los resultados de laboratorio eran similares a los anteriores había que dirigirse al Hospital Periférico de Coche a buscar otra dosis de suero antiofídico. Pero, ¡oh sorpresa!, el resultado de este último estudio indicaba que los valores se estaban normalizando... La segunda buena noticia. A mediodía del 10 de septiembre los médicos estaban sorprendidos: los valores en sangre eran normales, el trastorno de coagulación estaba superado y la pierna estaba desinflamada; solo quedaban algunos signos de coloración violácea. Durante el 11 de septiembre, día de la Patrona de Venezuela, la Santísima Virgen de Coromoto, María Alejandra permaneció hospitalizada porque tenía que terminar el tratamiento de antibióticos, pero estaba fuera de peligro y recuperada. El 12 de septiembre dejó la Clínica Santa Sofía completamente sana. Lo que parecía imposible fue un hecho: la niña regresaba devuelta a sus hermanos y a la Casa-Hogar con vida y con sus dos piernas.

La alegría y el alboroto de los niños al recibir a su hermanita fueron indescriptibles, así como la alegría de todos. El domingo siguiente se realizó la misa en la Ermita de la Eucaristía en acción de gracias por la vida de María Alejandra, a la que asistieron un gran número de personas. Muchos contaban cómo habían intercedido al H. Salomón e incluso contaban las promesas que habían hecho al H. Salomón para que María Alejandra se salvara.

Este hecho fue llevado a finales del 2009 a Roma y consultado al H. Rodolfo Meoli, Postulador General del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. En octubre del 2010, cumplidos los estudios preliminares, se presentó ante S.E. el Cardenal Jorge Uroza Savino, arzobispo de Caracas, la solicitud de apertura de un Proceso Canónico para investigar el *“supuesto hecho milagroso atribuido a la intercesión del Beato H. Salomón”*.

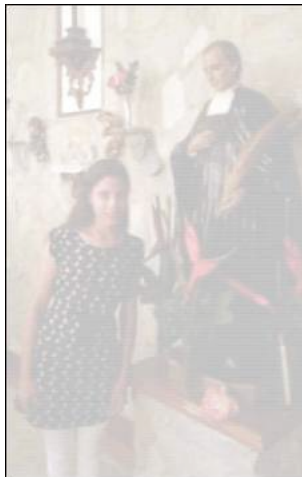
La investigación se desarrolló entre el 19 de enero y el 30 de septiembre de 2011. Posteriormente, en octubre del mismo año, se inició la fase romana del proceso, que concluyó el 9 de mayo de 2016 con la autorización del Santo Padre, Papa Francisco, para que la Congregación de las Causas de los Santos, promulgase el decreto de canonización. Luego, el 20 de junio de 2016, durante el Consistorio ordinario público presidido por el Papa, se hizo el anuncio que la canonización había sido fijada para el 16 de octubre del 2016.

Después de un acontecimiento así, no queda sino la certeza de lo pequeños que somos; de saber que nuestra vida está en manos de Alguien que nos supera, y nos supera en amor y misericordia. Un amor y una misericordia capaces de desviar y

contradecir todas las leyes humanas y naturales. Un amor de Padre Bueno que se dona atendiendo la oración y la fe de sus hijos y sobre todo por la fe de sus hijos más pequeños y más humildes.

Quizá nunca alcancemos a comprender la magnitud de este milagro, pero a través de este hecho extraordinario y sin explicación científica, podemos vislumbrar la Gloria de Dios. Su Gloria está donde está su corazón y su corazón está donde están los más pequeños. Tal vez por eso, este milagro realizado por la intercesión del Beato H. Salomón, tiene como protagonista a una niña desfavorecida y como testigos a una comunidad campesina sencilla y humilde que unidos en la oración y el trabajo con varias instituciones de la Iglesia, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos, que han trabajado para dar a conocer la Buena Nueva y que sólo buscan el bien de los más pobres y necesitados.

Este milagro nos ha enseñado la importancia de trabajar unidos, para que la gracia de Dios se derrame en todo su esplendor sobre la humanidad, pues consideramos que el trabajo participado de Don Rafael Febres-Cordero, los Athletae Christi, ASOPROGAR, los niños y personal de las Casas-Hogar, la gente que vive en la zona, fieles devotos del H. Salomón, las Hermanas Siervas del Santísimo Sacramento y los Hermanos de La Salle, es lo que ha permitido que esta curación que no tiene explicación científica, haya sido reconocida como *“milagro operado por Dios por intercesión del Beato mártir Salomón Leclercq”*.



Nunca llegaremos a comprender y nos faltarán motivos para agradecer a Dios y a la valiosa intercesión del H. Salomón este regalo concedido, pero vaya nuestro humilde gracias por fijarse en nuestra pequeñez.

María Alejandra actualmente tiene 14 años y los estudios que se le han hecho revelan que está completamente sana y que la mordedura de la serpiente no dejó ninguna secuela en su organismo.

CARTA DEL H. SUPERIOR GENERAL, ROBERT SCHIELER

Y esta es la Carta, que el H. Superior General, Robert Schieler, ha enviado a todos los Hermanos, Asociados y Afiliados del Instituto en los siguientes términos:

19 de julio de 2016

«Queridos Hermanos, Hermanos Visitadores, Asociados, Afiliados y Lasalianos, Se acerca un día grande para nuestro Instituto: la canonización del Beato H. Salomón Leclercq. Supone para mí una gran alegría el transmitir esta noticia.

La glorificación de nuestro primer mártir se produce al término del “Año de la misericordia”. Como ha subrayado tantas veces el Papa Francisco a lo largo de este año jubilar, entender lo que significa “misericordia” es comprender el núcleo central de la enseñanza de Jesús. Misericordia es amor, y por amor uno está dispuesto a todo, incluso a dar la propia vida. Esto hizo nuestro Hermano Salomón; esto es lo que nos enseña su fidelidad heroica.

La canonización del H. Salomón será, ciertamente, una bendición para nuestro Instituto. Se lo agradecemos juntos al Señor. El ejemplo ofrecido por este Hermano nuestro debe movernos a seguir día tras día a Cristo, como él hizo. Aunque no seamos llamados a un testimonio sangriento, estamos llamados a ser testigos en el “terrible cotidiano” de nuestra vida apostólica.

Nuestro Fundador escribe para la fiesta del apóstol San Bartolomé: “Vosotros tenéis que sufrir un martirio continuado, no menos violento para el espíritu que lo fue para el cuerpo el de san Bartolomé. Tenéis que arrancar vuestra propia piel, por decirlo así, que es lo que llama san Pablo el hombre viejo, para revestiros del espíritu de Jesucristo, que, según el mismo apóstol, es el hombre nuevo” (Med. 159, 3).

Muchos de vosotros sabéis bien quién es el H. Salomón. Para quienes no lo sepan, digo brevemente: Guillermo Nicolás Luis (este era su nombre) Leclercq nació en Boulogne-sur-Mer (Francia) el 14 de noviembre de 1745. La suya era una familia de comerciantes y, por tanto, una familia acomodada. Al término de sus años de escuela, que siguió con los Hermanos, sus padres querían que se incorporase al negocio familiar. Él, sin embargo, eligió hacerse religioso y en 1767 entró en el Noviciado de los Hermanos. Fue sucesivamente profesor de Matemáticas, director del Noviciado y procurador de la gran casa de Maréville. Participó en el Capítulo General de 1787, del cual fue nombrado Secretario y, a su término, fue llamado a cubrir esa misma tarea,

pero al servicio del Superior General, H. Agatón. Llegaron los años terribles de la Revolución y los Hermanos se vieron obligados a dispersarse para escapar de la persecución contra el clero y los religiosos. El H. Salomón quiso quedarse para cuidar la Casa Generalicia en la calle Nueva de París, esperando no ser descubierto. Sin embargo, lo fue. Detenido el 15 de agosto de 1792, fue encerrado en el convento de los Carmelitas, convertido en prisión por los revolucionarios. El 2 de septiembre siguiente, ante su negativa a jurar fidelidad a la Constitución Civil del Clero (una parodia de Iglesia no dependiente del Papa, sino del gobierno), fue decapitado. Fue beatificado por el Papa Pío XI el 17 de octubre de 1926, junto con un gran grupo de otras 190 víctimas de aquellos años terribles. Hasta 1948 fue el único beato de nuestra Congregación. Tras un milagro que tuvo lugar en Caracas en 2007 y se aprobó en 2016, el H. Salomón será canonizado (el único del grupo de beatificados en 1926) el 16 de octubre por el Papa Francisco.

La Canonización tendrá lugar en la Plaza de San Pedro (Roma), a las 10 horas, y podrá ser seguida por televisión en todo el mundo. En Roma se celebrarán también otras funciones religiosas en honor del nuevo santo.

El sábado 15, a las 17 h. en la iglesia de San Luis de los Franceses tendrá lugar una vigilia de preparación.

El lunes 17, a las 17 h. en la capilla de la Casa Generalicia, tendrá lugar el Te Deum y la Eucaristía de Acción de gracias celebrada por su Eminencia el cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado del Vaticano».

* * *

la entrevista la hemos terminado. Los dos quedamos contentos al interesarnos, **U**yo por el H. Salomón, y él por narrarnos su historia. Todos los datos de su vida, seguramente que no están aquí expresados. Los hombres grandes, como él lo fue, miran con amor hacia delante suscitando esperanza, mientras que los pequeños, miran sólo al pasado con rencor y al presente con desdén.

El H. Salomón es del pasado pero está en el presente. Es un guía que nos hace pensar, ofreciéndonos metas dignificadoras que abren caminos a la generosidad innata del ser humano.

El H. Salomón buscó a Dios y acompañó a los hombres. Se abrió a la dimensión de eternidad, propia del ser humano y como signo de la mejor humanidad cultivó la dimensión monástica: interioridad, oración y silencio, abierto a un Absoluto de amor.

¡Gracias, Hermano Salomón! Hemos aprendido muchas cosas de tus ejemplos meritorios y que nos inducen a vivir una vida entregada a la vocación recibida. Que tu ejemplo arrastre a más de uno a seguir la vocación religiosa que tú recibiste como gracia. Seguramente que al ser elevado a los altares, como Santo, más de uno se fijará en ti y querrá seguir tus huellas. Te pedimos que intercedas y que así sea.

* *El Hermano Salomón, testigo de la verdad*

George Rigault, historiados del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, al comienzo de la descripción del H. Salomón, lo pinta con los siguientes rasgos:

«Nos gustaría conocer su rostro físico tan bien como su alma. Lastimosamente no nos queda ningún retrato del Beato Salomón. Sus antepasados normandos, ciertas características dominantes que se revelan en los perfiles conocidos de sus parientes, algunas alusiones repartidas por su correspondencia permiten imaginar un hombre robusto, de elevada estatura, con cierta tendencia a engordar; cabeza y cuerpo sólidamente formados, la nariz, la boca, la barbilla enérgicos, respetabilidad, franqueza, serenidad –mejor que fantasía– en sus ojos, ampliamente abiertos bajo el marcado arco de sus cejas: un hijo de la burguesía francesa, y de una burguesía marítima, aspirando a pleno pulmón el aire salino, habituado a las travesías por Inglaterra, a los viajes de cabotaje por las costas de la Mancha y del Atlántico, incluso a los más peligrosos riesgos de la “guerra de corsarios”, al igual que a los largos trayectos en carricoche y a los paseos a caballo. El cuarto hijo del Sr. François LeClercq llevó a la vida religiosa esa intrepidez, ese equilibrio, esa resistencia vital de los mejores de su raza: su salud, después de varios asaltos, salió triunfante definitivamente de las fatigas de la escuela, de las molestias de la existencia sedentaria, del agotamiento que los trabajos y ejercicios imponen a veces al discípulo del Sr. de La Salle, en la exacta observancia de la Regla. Tanto en lo físico como en lo moral, es un atleta listo para los duros combates».

Al leer estos rasgos, que pretenden describir al H. Salomón y escribir estas páginas sobre él, he sentido una fuerza grande que me ha hecho entender mejor lo que es un enamoramiento por la vocación. Vocación significa llamada. Cada cual es básicamente alguien “que responde”. La vocación no es la realización de un proyecto elaborado por Dios desde toda la eternidad: es la transformación de lo que cada uno posee como cosa propia.

El H. Salomón se enamoró desde el principio de su vocación de Hermano y vivió ese enamoramiento hasta el fin de su vida. Escribía contento por su vacación:

«En cuanto a mí, estoy satisfecho en mi estado, y mi único deseo es perseverar en él... Si la escuela es para mí causa de trabajos, ¿qué estado está exento de ellos? Bien pagado me hallo por el

contento y la tranquilidad de que disfruto interiormente».

La orientación de su vida se fue determinando gracias a múltiples y pequeñas decisiones. Su fidelidad supuso disponibilidad, dejándose llevar por los acontecimientos, a ejemplo de San Juan Bautista de La Salle.

El H. Salomón vivió, desde el principio de su llamada, animado por la fe. Su fidelidad fue su gran prioridad, que cultivó en el interior de su proyecto vocacional. Era consciente de que necesitaba ser signo de esperanza para los que le rodeaban. Esa consciencia significó para él, vivir animado por la responsabilidad ante las nuevas situaciones por las que tuvo que pasar. Le preocupó siempre más su respuesta que sus resultados inmediatos.

La experiencia que de Dios tuvo el H. Salomón, siempre en su vida, tal vez por la educación recibida en su familia y después continuada en el Instituto, fue un encuentro con lo sagrado y lo santo que permanecía fuera de los acontecimientos de la experiencia ordinaria. Era la suya, una manera de buscar a Dios y de responder a la invitación de Dios, a mirar más profundamente y verlo todo de manera diferente.

Repasando su correspondencia, unas 139 cartas que se conservan de su puño y letra, me he dado cuenta de que su espiritualidad es fundamentalmente una manera de valorar y articular la experiencia que él tenía de Dios. Muchas de las ideas expresadas en sus escritos nos parecerían anticuadas y en poca consonancia con las ideas que hoy acostumbramos a enunciar y vivir. El tema de la salvación y de la eternidad, por ejemplo, estaban siempre presentes en sus palabras e inquietudes. Hoy, tal vez sean temas que los tenemos un tanto olvidados. Resultaría raro oír hoy a un joven decir a sus padres, como el joven Nicolás a sus veintiún años: *«No valgo para el mundo; la vista de los pecados que en él se cometen llena mi alma de amargura y turbación. Si no lo dejo, no me salvaré. Quiero entrar en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas».*

De forma imaginaria, he supuesto un encuentro con el H. Salomón, a quien he entrevistado. Seguramente sea un poco forzado el estilo. Creo que en todas las preguntas enunciadas se resume todo el proceso de su vida. En algún apartado me he extendido algo más con el fin de dar a entender el contexto histórico-social en el que vivió.

«Lo hemos seguido –dice Rigault– en sus días de la calle Nuava, Notre-Dame-des-Champs. Días de actividades múltiples, de gestiones, de cartas, de delicadas y hábiles maniobras para iluminar el camino de su Superior; toda la función de un oficial de servicio siempre a la escucha y al acecho en la tempestad. Ni la calma ni incluso una profunda alegría nunca lo abandonaron: se reconforta con Dios, tanto en el ruido de las catástrofes, como en los momentos de silencio al fondo de las capillas adonde el cisma aún no ha penetrado. Sin embargo, conoce bien los peligros que lo amenazan: es el apoderado de una congregación notoriamente sospechosa; se mantiene alejado del más mínimo contacto con el clero

juramentado de su parroquia y, por el contrario, se entrevista con los prelados “refractarios”, como el arzobispo de Arlés. Personalmente se ha convertido en uno de los más fervientes propagandistas de los breves del Papa, de los folletos “anticonstitucionales”; escritos, sin duda ninguna “sediciosos”, que circulan bajo capa. Esos gestos merecen el rechazo del juramento que tantos Hermanos han formulado, que él mismo habría opuesto a los magistrados si, maestro de escuela o profesor, hubiera podido ser inscrito en la categoría de los “funcionarios públicos”. No por ello perderá sus derechos a ser odiado por los perseguidores, y a la recompensa celeste».

Su vida hasta el martirio es un ejemplo a seguir y difícil de conseguir. El martirio cristiano es un acto de sobrenatural fortaleza que consiste en asumir voluntariamente la muerte por la fe o por otra virtud cristiana, “obligado” por parte de un enemigo de la fe.

El martirio para el H. Salomón fue una gracia especial. Muchos han sido los que han muerto dejando todo para que “súbitamente”, sin enfermedad, sin tener que morir, encuentren la muerte por sus creencias religiosas. El H. Salomón pudo renunciar a su fe. Decía: *«No debemos contar con milagros y profecías... Guardemos los acontecimientos, confiemos en la Providencia, roguemos, suframos, si Dios lo quiere, y estimémonos felices si se nos halla dignos de dar testimonio de la fe de Jesucristo».*

La vida martirial y sacramental convergen en tres raíces principales: en su origen, que la tiene en la Pasión y Muerte de Cristo; en la naturaleza de sus acciones sacramentales, en relación a la naturaleza del evento martirio, signo también de la realidad de la presencia de Cristo; y en su fin, que es el “eschaton”, la patria celeste. El martirio es fuente de vida y santidad, como lo es el sacramento cuando se hace presente Cristo para salvarnos.

Decía Orígenes, que *«todo el que da testimonio de la verdad, bien sea con palabras o bien con hechos o trabajando de alguna manera a favor de ella, puede llamarse con todo derecho “testigo”».* El H. Salomón fue un auténtico testigo para su familia, para sus alumnos y para los



Hermanos en general. Mediante su testimonio, la Iglesia verifica que sólo a través de este camino se puede hacer plenamente creíble el anuncio del evangelio. El H. Salomón, predicó con el ejemplo hasta el fin. Su martirio se comprendió siempre como la forma de testimonio supremo que daba con vistas a la verdad de su fe en el Señor.

A pesar de estar condenado a morir, escogió la muerte; para él, morir equivalió a escoger libremente, entregarse a sí mismo, plena y totalmente, al amor del Padre.

Su martirio, en cuanto signo de amor, es también signo de aquel que en el amor acoge el misterio del otro. La fuerza la encontró en la conciencia de que –puesto que Cristo ha vencido a la muerte– también el que se confía a él reinará para siempre. La palma de su martirio se convirtió en el signo perenne de la victoria que va más allá de la derrota de la muerte

El Concilio Vaticano II ha procurado dar su propia visión teológica del martirio cuando expresó:

«Dado que Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su amor entregando su vida por nosotros, nadie tiene mayor amor que el que entrega su vida por él y por sus hermanos (premisa cristológica). Pues bien, algunos cristianos, ya desde los primeros tiempos, fueron llamados, y seguirán siéndolo siempre, a dar este supremo testimonio de amor ante todos, especialmente ante los perseguidores (escenario eclesial). Por tanto, el martirio, en el que el discípulo se asemeja al maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a Él en la efusión de su sangre, es estimado por la iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor (especificidad del martirio). Y aunque concedido a pocos, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia» (LG 42; cf. también LG 511; GS 20; AG 24; DH 11.14).

Como se advierte en este texto, el Concilio inserta al mártir en una clara perspectiva cristocéntrica; la muerte salvífica de Jesús de Nazaret constituye el principio normativo del discernimiento del martirio cristiano.

Por tanto, es lícito pensar que con el concilio se llega a identificar el martirio con la forma del don de la vida por amor.

Luego, si el acento se pone en el amor que está en la base del testimonio del mártir, se comprende también que resulte mucho más fácil la identificación del mártir con aquel que no sólo profesa la fe, sino que la atestigua en todas las formas de justicia, que es el mínimo del amor cristiano.

Por consiguiente, el amor permite referir a la identidad del mártir su testimonio personal y su compromiso directo en el desarrollo y progreso de la humanidad; el mártir atestigua que la dignidad de la persona y sus derechos elementales, hoy universalmente reconocidos pero no respetados, son los elementos básicos para una vida humana. Si se asume este horizonte interpretativo, resulta claro que el mártir no se limita ya a unos cuantos casos esporádicos, sino que se le puede encontrar en todos aquellos lugares en los que por amor al Evangelio, se vive coherentemente hasta llegar a dar la vida, al lado de los pobres; de los marginados y de los oprimidos, defendiendo sus derechos pisoteados. Mártir,

por lo tanto, no es sólo el que derrama su sangre sino que lo es también aquel que día a día da su vida por sus hermanos en el servicio del Evangelio.

Y añade el historiador Rigault:

«El H. Salomón se preparó, desde hacía varios meses, para la ofrenda de todo su ser: “Esperemos los acontecimientos, confiémonos en la Providencia, recemos, suframos si Dios lo permite, y considerémonos dichosos si somos encontrados dignos de dar testimonio de la fe de Jesucristo”, escribía a su hermana Rosalía, el 22 de enero de 1792. Por haber sido increpada, zarandeada un día cuando salía de la capilla del hospital de Boulogne, él la felicitaba, en una carta del 22 de marzo, por haber sido perseguida por la causa justa: “Con usted, yo agradezco a Nuestro Señor por la gracia que le ha hecho de soportar algunas penas y oprobios en su nombre”. Con toda humildad se preguntaba, si él mostraría “la constancia” que Rosalie “había tenido en esa ocasión”. Compadecía, con todo su fraterno corazón, a la valerosa joven maltratada; pero “envidiaba” su suerte. “Yo no merezco –añadía– sufrir por Jesucristo. Soy demasiado cobarde en su servicio como para obtener semejante favor”. Era sencillamente negarse a pecar por presunción. Un verdadero candidato al martirio desconfía de su debilidad, no corre temerariamente ante la formidable prueba: acusa, incluso exagera sus deficiencias, no para escaparse, sino para obligar, en cierto modo, a Dios a acudir en su ayuda. Beberá el cáliz hasta la última gota, cuando su maestro se lo ofrezca».

Burgos, septiembre de 2016

H. Carlos Cantalpieza Plaza, fsc



El silencio de un Santo	03
Contenido	05
1. Entorno familiar	07
2. Adolescencia y juventud	13
3. Ideologías de aquella época	15
4. La llamada	17
5. El Ministerio	23
6. Responsabilidades	27
7. Tiempos convulsos	39
8. Años complicados para el Instituto	49
9. Martirio	55
10. Glorificación	59
11. Conclusión	69



La  Salle